

Crítica de la razón globalizada

Javier Martínez Peinado
José María Vidal Villa

**Crítica de la
razón globalizada**

Serie
Pluriminor
ABYA-YALA
2001

Crítica de la razón globalizada

Javier Martínez Peinado

José María Vidal Villa

Edición: Ediciones ABYA-YALA
12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfonos: 562633 - 506247
Fax: (593-2) 506 255
editorial@abyayala.org
<http://www.abyayala.org>
Quito-Ecuador

Serie: Pluriminor

Diagramación: David Jiménez
Abya-Yala editing
Quito, Ecuador

Impresión: DocuTech
Quito, Ecuador

ISBN: 9978-04-702-8

Impreso en Ecuador, 2001

INDICE

Presentación	7
1. Globalización: elementos para el debate. Una revisión	
Javier Martínez Peinado	9
2. Lo que el capitalismo mundial no puede gestionar	
<i>(Elementos metodológicos para la utopía socialista)</i>	
Javier Martínez Peinado	45
3. Mundialización y movilidad de la fuerza de trabajo	
José María Vidal Villa.....	72
4. Mundialización e integración económica	
José María Vidal Villa.....	87

Presentación

La mundialización y la globalización son fenómenos paralelos que surgen en la actualidad y caracterizan los cambios sociales hacia fines de siglo. En este libro se presentan valiosos aportes para repensar un concepto que marcará la pauta de los procesos sociales por venir, un momento en que en la realidad surgen visiones más críticas y comprometidas.

Los autores de este libro: José María Vidal Villa y Javier Martínez Peinado miembros de la “Red de Estudios de la Economía Mundial” (REDEM) ubicada en Internet en la dirección electrónica: <http://redem.buap.mx/>, intentan establecer las múltiples relaciones e interferencias de fenómenos aparentemente aislados como la globalización y su relación con la mundialización, la sociedad civil y el capitalismo mundial.

Los artículos que conforman *Crítica de la razón globalizada* han sido identificados en Internet, y hoy forman parte de este libro. Dos de ellos han sido ya publicados en el libro *El capitalismo global. Límites al desarrollo y la cooperación*, del autor Javier Martínez Peinado.

Agradezco, a los autores su colaboración, apertura y participación en la producción y edición de este libro que se presenta como una ventana para entender el mundo de la globalización.

Leonela Cucurella
Editora
Quito, julio 2001

Globalización: elementos para el debate. Una revisión¹

Javier Martínez Peinado

Introducción

El término globalización tiene diversas acepciones en el contexto académico actual. No entraremos en una discusión semántica sobre las diferencias entre globalización, mundialización e internacionalización en los términos de uso corriente¹. Nos interesa destacar que la globalización tiene al menos tres dimensiones: la real, la ideológica y la política.

Es decir, hay una realidad de la globalización, medible más o menos directamente, que como tal hecho objetivo implica el convertirse en objeto de análisis científico. Se trata aquí de descubrir y analizar la actividad económica que se realiza en y para un marco (o mercado) supranacional, que implica decisiones tomadas por agentes no definidos por su carácter nacional, y que está regulada por mecanismos inaccesibles o inmanejables por las instituciones u organismos definidos a escala local, nacional o regional.

Pero también hay una ideología de la globalización, un discurso que valora y justifica, que toma posición respecto al fenómeno de la globalización. Esta ideología arguye la inevitabilidad y la exhaustividad de la misma, de tal manera que, por una parte, amenaza con la marginación y au-

todestrucción a quien se oponga a ella y, por otra, predica que la salvación o el avance de las naciones y pueblos del mundo están precisamente en afrontar “unidos” los nuevos retos, también globales, que se presentan. Implícita o explícitamente se anuncia que sólo hay un camino: ser competitivo en el mercado mundial. El discurso del “fin de las ideologías”, del “postmodernismo”, y la aceptación del capitalismo (único sistema hoy existente) como “patrimonio común de la humanidad” forman parte, pues, de esta ideología, que además tiene un mensaje muy claro para las economías “en desarrollo”: ahora, en la nueva estructura mundial diseñada por la globalización, sí que hay oportunidades para el desarrollo, siempre que este objetivo se aborde con la mentalidad y las políticas correspondientes.

Así, por último, nos queda la política de la globalización, entendiendo por ella la acción consciente en apoyo del desarrollo o expansión de la realidad de la globalización, sirviéndose, cuando es necesario, de la ideología a la que acabamos de aludir. En este sentido, las llamadas “políticas neoliberales”, ejecutadas por los organismos internacionales y otros centros de poder, son la plasmación de la imposición de las condiciones de expansión de la realidad de la globalización: apertura de los mercados nacionales, desregulación, eliminación de obstáculos a la propiedad capitalista global de los activos nacionales (privatización), etc. Para la Periferia, la nueva teología del “desarrollo” es un sermón bien conocido: el pasado de proteccionismo, de desmedida intervención estatal, de paternalismo u oportunismo de los (miseros) gastos sociales y

subvenciones, .ese pasado es el pecado, y su castigo ha sido la reproducción del subdesarrollo. Y, como penitencia, las recetas del FMI. Tras este purgatorio (que para amplios sectores populares se ha convertido en un verdadero infierno), se promete la posibilidad del paraíso del equilibrio macroeconómico y la integración en la nueva economía global. El que esa posibilidad se haga realidad dependerá del “buen gobierno”, que viene a ser lisa y llanamente la aceptación de la tutela de los padres espirituales del Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional.

Realidad, ideología y política están estrechamente unidas, tan estrechamente que incluso pueden no distinguirse. De tal manera que si existe, como es el caso, un fuerte debate en torno a la globalización, es en parte porque los que discuten no están refiriéndose, en ocasiones, a la misma dimensión de la globalización, y lo que unos razonan como producto o parte de la realidad otros lo discuten como mero argumento ideológico, mientras que algunos terceros lo denuncian como una política de recomposición de la hegemonía de una fracción sectorial o nacional del capitalismo mundial.

Hay un dificultad suprema para el acuerdo: el tema empírico. El razonamiento sobre la dimensión real de la globalización tiene que apoyarse, en última instancia, en la constatación estadística de una determinada dinámica de determinadas magnitudes económicas (las que expresan la pretendida mundialización). Determinar cuáles son los conceptos que expresan el proceso de globalización, cuáles son las variables teóricas y empíricas que los reflejan, qué datos concretan estas variables, y encontrar tales datos de una

forma fiable, son operaciones irrealizables, hoy por hoy, de una forma definitiva y satisfactoria. Con lo cual es imposible basar científicamente un diagnóstico definitivo sobre los temas relativos a la mundialización, y el debate está abierto.

Las siguientes reflexiones pretenden ser una modesta aportación a este debate a partir de un intento de esquematización de algunos de los temas en litigio. El objetivo sería ayudar, cuando menos, a fijar ejes discursivos y exigencias de trabajo empírico.

En primer lugar se plantearán algunas cuestiones sobre la globalización, las respuestas a las cuales configuran discursos opuestos en los que priman, bien la perspectiva ideológico-política, bien la perspectiva realista, de la globalización. Entonces se propondrán algunas respuestas al qué y cómo de la globalización, ofreciendo, más que resultados o cifras, un marco analítico con los correspondientes interrogantes empíricos. El hilo subyacente en nuestro argumento es que la globalización, si bien es un proceso objetivo y real en lo económico, conlleva, dado su carácter capitalista, unos límites y autonegaciones de tal magnitud que puede poner en peligro la supervivencia del propio mundo global que está creando. Y, en última instancia, su inexorabilidad no llega más allá de la supuesta inevitabilidad del capitalismo. Por ello, la acción consciente, política, de los sectores sociales que se involucren y autodefinan en la lucha por la auténtica democracia económica, política y social, queda ligada necesariamente a una redefinición de una globalización sólo compatible (y posible) con la superación del capitalismo como objetivo de su praxis.

Un esquema de debate

Entre las cuestiones teóricas relevantes que plantea el actual proceso de globalización cabe destacar las siguientes: ¿Es la globalización un fenómeno nuevo, con una especificidad tal que exige un tratamiento analítico también nuevo y específico? ¿Supone la desaparición o caducidad de los Estados nacionales? ¿Es contradictoria con la integración regional y la política de bloques? ¿Es un proceso inexorable, o tiene límites y contradicciones insalvables? En el Diagrama 1 se representan estos interrogantes articulados con las tres dimensiones (ideológica, real, política) de la globalización, que a su vez se definen por las preguntas del qué, cómo y por qué de la globalización.

Diagrama 1

Las cuestiones sobre la novedad y el carácter desnationalizador, universal e inevitable de la globalización admiten diversas lecturas y posiciones teóricas y políticas encontradas, posiciones que, para simplificar, resumiremos en dos discursos concentrados y extremos, que denominaremos “postura A” y “postura B”. En general, la “postura A” enfatiza más los aspectos políticos e ideológicos de la globalización, y la postura B arguye sobre la dimensión real-objetiva de la misma .

¿Es la globalización un fenómeno nuevo?

La postura A diría que no lo es basándose en que la internacionalización económica, como producto de la necesaria expansión del capitalis-

mo, es intrínseca a la acumulación de capital, y por lo tanto es tan vieja como el propio capitalismo. Lo que hoy se llama globalización sería más bien, según esta postura, una ideología justificativa del predominio del capital financiero y una política de imposición de medidas de “apertura” y desregulación de todas las economías nacionales a las necesidades de éste. El discurso de la globalización es, entonces, el discurso del neoliberalismo, que a su vez es la estrategia actual del capital para acabar con las trabas existentes a la apropiación de la ganancia mundial por parte de las fracciones dominantes del capital mundializado. Estas trabas vienen, en el Centro, del Estado del Bienestar (o, si se prefiere, de la “regulación fordista” Estado-Monopolios-Sindicatos), y, en la Periferia, de las Políticas de Desarrollo (en la medida en que éstas involucraron a los Estados como representación de los intereses del desarrollo nacional del capitalismo periférico). Por eso la desregulación y la privatización son las consignas del capital para que las economías nacionales puedan adaptarse a la supuesta nueva etapa (la globalización), que en realidad no tiene nada de nueva. En definitiva, la globalización, más que una realidad nueva, es la ideología y la política del capital en su fase actual de reproducción.

Los que defienden, por el contrario, que la realidad de la globalización supone una situación nueva (postura B), se pueden basar, bien en el argumento tecnológico, bien en el argumento económico, bien en una combinación de ambos con implicaciones históricas.

* El argumento tecnológico hace referencia a la novedosa revolución en las comunicaciones y transportes, en la microelectrónica y la informa-

ción, etc., que hace que las condiciones materiales de la producción hayan dado un salto cualitativo, de tal forma que el nuevo progreso capitalista se está diseñando sobre la continua innovación en unas fuerzas productivas que, además, definen otro tipo de ciclo económico⁴. Por tanto, sí que hay una novedad radical en la nueva situación⁵.

* El argumento económico hace referencia al hecho fundamental de la mundialización de la ley del valor, que lleva intrínseca la sustitución de los mecanismos reguladores de la internacionalización (articulación de mercados internos nacionales en los que se daban la formación de la tasa de ganancia y la proporcionalidad entre la capacidad de producir y la capacidad de consumir) por la regulación de un mercado mundial (las relaciones estructurales básicas⁶ se definen ahora en un mercado mundial de factores y de bienes y servicios). La localización de inversiones, el fondo mundial de salarios, la cadena productiva... se definen según criterios globales por el agente principal de la mundialización de capital: la empresa multinacional.

* La combinación de ambos argumentos da como resultado la sentencia conocida: se invierte en cualquier parte del mundo para fabricar en cualquier parte del mundo para después vender en cualquier parte del mundo, y la implicación histórica más importante es que el Sistema Mundial tiende a cambiar su estructura, hasta ahora basada en las relaciones entre economías nacionales, por otra en la que la competencia se establece directamente entre empresas y entre clases sociales. La globalización, pues, implica un cambio estructural de gran magnitud

Dado que el progreso (el desarrollo de las fuerzas productivas) es intrínseco al capitalismo (y por tanto, no novedoso⁷), la discusión entre ambas posturas, entonces, debería centrarse en si realmente la ley del valor se mundializa o, por el contrario, las reproducciones de los capitales siguen teniendo un sesgo nacional (que afecta también a los sistemas tecnológicos)⁸. En términos del Sistema, se trata de discutir sobre si la estructura mundial se seguirá definiendo en el futuro como articulación de las economías nacionales o, por el contrario, se diseñará de otra manera, que hay entonces que explicitar.

¿Qué significado le queda al Estado-nación en la globalización?

Para la postura A, los Estados siguen siendo fundamentales, incluso desde el punto de vista de la protección de sus capitales nacionales y multinacionales (“transnacionales”), porque, en última instancia, el Estado es la estructura que asegura el mercado al capital, y le protege de la competencia indeseada de otros capitales; además, los aspectos no estrictamente mercantiles (jurídicos, políticos, sociales) siguen exigiendo la regulación estatal-nacional. “Como la economía global tiende a separarse de la sociedad, el Estado se convierte en esencial para esta última”⁹. En un razonamiento extremo, se puede llegar a argüir que las ideologías nacionalistas tienen bases más sólidas que una etérea conciencia mundialista (o supranacional) a la hora de encauzar la conciencia social en los diversos pueblos del planeta, y que por lo tanto, para las masas, será imposible prescindir de la plasmación jurídico-po-

lítica de su identificación diferencial, el Estado-nación.

Para la postura B, el Estado-nación, tal como fue parido, desarrollado y madurado por el capitalismo¹⁰, ha llegado a su vejez, y es hoy ya un obstáculo para el progreso de la mundialización de capital, con lo que está destinado a una eutanasia (si será activa o pasiva es otro tema). Esta postura enfatiza, frente al razonamiento de la postura A, que una cosa son los intereses de los capitalistas (nacionales), en los que tradicionalmente el Estado cumplió un papel, y otra los intereses del capital (mundializado). No sólo eso: la mayoría de los problemas que afronta el sistema mundial desde el punto de vista de la infraestructura demográfica y mediambiental no pueden ser resueltos a nivel estatal. En términos populares, el Estado es demasiado grande para las cuestiones locales y demasiado pequeño para las cuestiones globales. La tendencia general, es, pues, ir eliminando las bases funcionales de su existencia de diversas formas: arguyendo el carácter mundial de los problemas, desligándolo de la reproducción económica y de la reproducción de la fuerza de trabajo (privatizaciones de empresas y de seguros sociales), haciéndolo incompetente en la regulación monetaria y financiera, e incluso, tras el fin de la Guerra Fría, “mundializando” las funciones coercitivas de las fuerzas armadas (OTAN, fuerzas aliadas ad hoc como en la Guerra del Golfo, cascos azules,...). En relación a los aspectos no estrictamente económicos, por otra parte, se puede argumentar, desde esta postura B, que la globalización no toca el hecho nacional en sí, sino su plasmación histórica -el Estado- en una determinada fase del

capitalismo (la de construcción y ampliación de los mercados internos nacionales) hoy ya superada. Nadie está hablando, desde la postura B, del fin de las naciones. Al contrario, el auge de los nacionalismos es producto de la crisis del Estado-nación, y por ello se hace más visible en la Periferia. Globalización y nacionalismo son, así, compatibles¹¹ y aquí lo único que ya no sirve ni a la una ni a los otros es el viejo Estado, porque una nueva fase en el modo de producción implica una nueva fase en el modo de dominación, y por tanto exige un cambio de instrumentos superestructurales para ejercer la dominación. Y lo que sí se necesita es una superestructura sistémica mundial capaz de gestionar las parcelas abandonadas por la caduca superestructura intergubernamental (inter-estatal o internacional).

La discusión, entonces, debería centrarse, en primer lugar, en los términos en que los Estados actuales mantienen su funcionalidad en la competencia intercapitalista mundial (o sea, la competencia entre empresas multinacionales) y hasta qué punto es importante aun la competencia interimperialista (en la que los Estados defienden “sus” empresas transnacionales). En segundo lugar, cabe discutir si son capaces de generar la superestructura internacional que pueda gestionar los cambios y retos de la globalización, más allá de los G-5, G-7 ó G-9. Y esto nos lleva directamente a la siguiente cuestión.

En esa dialéctica nacional/mundial, ¿qué sentido tiene la integración (económica) supranacional?

Para la postura A, la integración económica es contradictoria con la globalización, y expresa

fundamentalmente la estrategia de los Estados para, agrupándose, competir contra otros. Todo proceso de integración, desde este punto de vista, es a la vez un proceso de exclusión (de los competidores). En definitiva, la integración económica es la única estrategia posible en la competencia interimperialista, que se hace hoy “regional” (los tres bloques: América/Europa/Asia) en vez de nacional (las metrópolis imperialistas de ayer). Las incursiones de cada Centro en las Periferias de los demás expresan la voluntad de impedir el avance sistémico de los otros más que el intento de crear un sistema global (USA no puede dejar Asia a Japón, ni África a Europa, de la misma manera que Europa o Japón no pueden dejar América Latina a USA). Así y todo, las dificultades con que se encuentran los procesos integradores demuestran, para esta postura, la vitalidad estructural de los hechos nacional-estatales y el carácter instrumental del discurso y la práctica de la integración y de la globalización respecto a los intereses nacionales. Para la postura A, en definitiva, los ritmos de la integración y la globalización los marca el interés nacional (o la competencia entre intereses nacionales). De ahí, por otra parte, que los procesos de integración en curso adopten claras diferencias entre ellos, y no se pueda hablar de una corriente homogénea que subyazca en el TLC, el MERCOSUR, La Unión Europea o el área de Asia-Pacífico. Las connotaciones nacionales y regionales se escapan, así, de una pretendida senda universal de la integración como paso a la globalización.

Para la postura B, la integración económica no sólo no contradice el proceso de globalización, sino que es un paso necesario en la imposi-

ción de la mundialización, porque es la mejor estrategia de los capitales más fuertes para aprovechar al máximo el desarrollo desigual que imponen la expansión internacional del capitalismo y la progresiva debilidad del Estado nacional. En otras palabras: fuera de un proceso integrador una economía nacional individual no tiene ningún futuro, porque la mundialización se construye sobre la libre movilidad de mercancías y de capitales como requisito del funcionamiento de la ley del valor mundializado. Al contrario que en el caso anterior, para la postura B es el ritmo de la mundialización y de la integración el que marca la dinámica económica nacional. En definitiva, la integración o regionalización, por más que manifieste los restos la competencia internacional (y por muy significativos que puedan ser todavía), implica objetivamente pasos irreversibles en la internacionalización del capital en todas sus formas, en la eliminación de trabas a dicha mundialización, en la pérdida de capacidad reguladora a las administraciones nacionales, etc. Estos pasos son peldaños reales en la escala de la globalización.

Así, las economías se “integran” en unos espacios regionales a su vez integrados en el mercado mundial, de una manera tal que el proceso se asemeja a una bola de nieve que, aunque sea a través de colisiones violentas entre otras bolas más pequeñas (los bloques regionales), no cesa de crecer, de ir haciéndose más grande, atrayendo y arrastrando a todo lo que le rodea. Pero ¿adónde va esta bola? ¿Puede pararse? ¿Puede estallar? ¿Pueden las colisiones entre las bolas regionales acabar en la destrucción total? ¿Hay

obstáculos contra los que puede chocar? Esto nos lleva a la última cuestión.

¿De dónde pueden venir los límites de la globalización, si es que existen?

Esta es quizá la pregunta de más enjundia y un poco resumen de todo lo anterior, puesto que plantea si la globalización es imparable o no, y en todo caso hacia dónde conduce el proceso dadas las contradicciones que genera.

La postura A, como que ve en la globalización una mera continuidad de la experiencia capitalista, insiste en que las contradicciones se exacerbarán entre clases, entre países y, además, entre la sociedad y las condiciones naturales de la producción. El aumento de la polarización social y el deterioro del medioambiente pueden llevar, en el extremo, al “exterminio de [las] clases beligerantes”, el fin de la Humanidad tal como la conocemos hoy¹². Es decir, el capitalismo global no es más que la globalización de la miseria, de la polarización, de la destrucción del medioambiente, etc¹³.

La postura B, admitiendo también tales contradicciones, acepta la apuesta teórica de una tendencia a la formación de un Estado Mundial o de una Formación Social Mundial única como resultado necesario de la mundialización capitalista, y en dicha nueva estructura se definirá la (nueva) lucha de clases. Se trata entonces de explicar las características del proceso y de esa nueva estructura emergente. Sin necesidad de previsiones con connotaciones literarias (Un mundo feliz, 1984,...) o cinematográficas (Blade Runner, Brazil,...), es indudable que el desarrollo

desigual y la sobreexplotación marginarán a multitud de personas, pueblos y naciones de la acumulación de capital mundializada, y por lo tanto del mercado, de la producción, del consumo... Hay ya elementos empíricos para definir ese lumpenproletariado en el Centro y en la Periferia actuales; incluso la *intelligentsia* universitario-militar habla ya de “estados-parias” y de los ejércitos de pobres de las mafias como futuros enemigos. Pero más importante que esto es el hecho de la mundialización, asimismo, de la clase trabajadora. La globalización, por su carácter capitalista, también “cava su fosa y cría a sus propios enterradores”¹⁴. Es en esta medida en la que la postura B puede argumentar la perspectiva socialista y comunista o, en todo caso la posibilidad (y necesidad) de una superación del capitalismo que no sea la barbarie.

Hasta aquí hemos realizado un repaso sincrético de algunos temas relevantes incluidos en el debate sobre la globalización. Evidentemente todas las preguntas y las respuestas a ellas están estrechamente interrelacionadas, de tal manera que una teoría completa de la globalización incluye tesis sobre todas y cada una de las mismas. Y, por supuesto, deberían contar con la correspondiente contrastación empírica. Y aquí chocamos con uno de los déficit mayores: la definición y medición de las variables teóricas y empíricas de la globalización deja, hoy por hoy, aún mucho que desear, debido básicamente a la endeblez teórica de los indicadores y a la escasez de datos fiables.

A continuación presentaré unos apuntes al respecto, en el bien entendido que no se preten-

de dar respuesta completa a todas y cada una de las cuestiones planteadas, ni por supuesto enjugar el déficit empírico, sino más bien ofrecer elementos para el ineludible debate.

El qué y el cómo de la globalización

Para establecer las necesidades de datos que expresen el avance de la globalización y su carácter real-objetivo, hay que explicitar, en primer lugar, qué es lo que hay que medir, es decir, los conceptos teóricos y empíricos que construyen el contenido de la globalización como objeto de análisis teórico contrastable. Se trata de preguntarse, primero, el qué y el cómo de la globalización. Y, acto seguido, derivar las exigencias de contrastación (¿cómo se han de manifestar ese qué y ese cómo en la realidad?).

¿Qué es lo que se globaliza?

El capitalismo implica al menos tres dimensiones: una relación social que articula la propiedad privada de los medios de producción (el capital) con el trabajo asalariado; un modo de producción, distribución y consumo que, a través de los mercados de factores y bienes y servicios, asegura la generación de beneficios, la acumulación de capital y el crecimiento económico cíclico; y un sistema histórico de articulación de pueblos y naciones (en general, de “sociedades”) basada en el desarrollo desigual del propio capitalismo y estructurado consiguientemente como un conjunto Centro/Periferia.

Estas dimensiones, aunque definidas a niveles distintos de abstracción, se entrecuzan, y su

interrelación es en definitiva la interrelación entre el modo de producción y el modo de dominación, la síntesis histórica entre la economía y la política¹⁵. No se puede entender ninguna dimensión sin la otra, puesto que el quehacer económico de cualquier sociedad está modelado a través de instituciones y de relaciones externas, situadas además en contextos históricos concretos y cambiantes. La supuesta especialización de la sociología, la economía o la historia en cada una de estas dimensiones no puede tomarse como esencialista, sino como una mera división del trabajo intelectual-académico operativa, a no ser que estemos frente a la mistificación ideológica (típica de las economías y de otros abanderados de una supuesta “tecnología de la reproducción económica” universal).

Pues bien, si a la pregunta propuesta (¿qué es lo que se globaliza?) se responde que lo que se globaliza es el capitalismo, se está diciendo que se globalizan las relaciones sociales capitalistas, las actividades económicas de la producción, la distribución y el consumo realizadas de modo capitalista, y la articulación sistémica de pueblos y naciones también sobre la base mercantil-capitalista. Hablar de capitalismo global significa, pues, hablar de la mundialización de estas tres dimensiones, de tal manera que este proceso de mundialización es en realidad un conjunto de procesos de globalización, algunos de los cuales suponen una novedad radical en el capitalismo, mientras que otros son simple perpetuación de las estructuras existentes (“cambiando algo para que nada cambie”, o meramente profundizando las tendencias históricas). En cualquier caso, en todos ellos cabe descubrir los límites, tensiones y

contradicciones de carácter tanto económico como social que introduce el hecho capitalista. Y, desde el punto de vista empírico, es indispensable verificar avances en las tres dimensiones.

En El Diagrama 2 presentamos una propuesta de esta disección del qué se globaliza con la mundialización capitalista.

Diagrama 2

1. Tenemos en primer lugar la mundialización o globalización de la relaciones sociales propias del capitalismo. ¿Qué significa dicha mundialización? En lo que se refiere a la relación capital/trabajo, significa la expansión mundial de la asalarización, y en lo que se refiere a la relación intercapitalista, definida por la competencia en la apropiación de ganancias, significa la desnacionalización de la propiedad capitalista, y por tanto, la del propio capital a la hora de competir.

Centrémonos primero en los capitalistas. Al mundializarse los “activos”, las empresas, ahora “mundiales”, compiten entre sí en el marco de mercados de bienes y servicios mundiales. Esta mundialización de la competencia es la que se manifiesta como necesidad de extender la “economía de libre mercado” por todo el mundo, imponiendo la desregulación de la inversión y de la propiedad “extranjera”, fomentando la privatización, etc. Como veremos posteriormente, el nuevo marco de la competencia intercapitalista derivará también hacia su contrario, la concentración y centralización mundial de capitales, pero lo que corresponde al momento actual de análisis es extraer las conclusiones pertinentes respecto al cambio que esto supone en la actual estructura capitalista. En efecto, tanto a nivel de clase social como a nivel de la forma económica del excedente (cuya apropiación le hace precisamente ser una clase), la mundialización de la relación intercapitalista implica la desaparición definitiva de las clases dominantes precapitalistas como tales, y su incorporación a la clase capitalista mundializada en cualquiera de sus

fracciones. El carácter no-capitalista, feudal, tributario o religioso, de las clases dominantes de la Periferia quedará como pura mistificación folclórica para mayor gloria del discurso cultural eurocentrista. Ya no habrá lumpenburguesías porque ya no habrá burguesías nacionales. Y el rentismo (por ejemplo, el de las economías petroleras periféricas) dejará de ser diferente del que se puede encontrar en el Centro, y los financieros-rentistas árabes, africanos o asiáticos no se diferenciarán como oligarquía mundializada de sus colegas norteamericanos o suizos.

Por lo que se refiere al significado de la mundialización de la asalarización, cabe destacar que implica que todas las formas de vida, todos los aspectos de la reproducción de la fuerza de trabajo, tendrán que adaptarse y redefinirse en base a la mercantilización privada y colectiva. La introducción de la esfera del valor de cambio en dicha reproducción de la fuerza de trabajo supone la reestructuración de los modos no capitalistas, tales como el intra/inter/doméstico, la autoproducción/autoconsumo, etc. y la supeditación a la rentabilidad de aspectos hasta ahora más o menos salvaguardados de ella (educación, sanidad,...). Ello, a su vez, tiene implicaciones en la expansión de la asalarización de las mujeres y los niños, y esa creciente oferta de fuerza de trabajo dependiente de un ingreso monetario se enfrenta a una estructura de la demanda de fuerza de trabajo ya mundializada (por las necesidades del capital). La división social del trabajo, y los componentes de género, edades, etc., se ven, así, caracterizados de una nueva forma, con enormes implicaciones en las sociedades, bien "postindustriales", bien "industriales emergentes", bien marginalizadas¹⁶. En términos estructurales, la forma-valor de reproducción de la fuerza de trabajo se expande a costa de la forma no-valor, y ello tiene (tendrá) repercusiones insospechadas en los ámbitos privado y colectivo de la existencia de las clases trabajadoras¹⁷.

Pues bien, en lo que se refiere a la contrastación empírica de la mundialización de las relaciones sociales capitalistas, cabe destacar que el aumento de la proletarianización de la población mundial, significativamente en zonas de capitalismo periférico, por un lado,

y los procesos de privatización y de fusiones, compras, participaciones, etc., protagonizados por las grandes corporaciones en casi todos los sectores mundializados durante las dos últimas décadas, por otro lado, son una realidad incuestionable¹⁸.

Pero, en realidad, la evidencia empírica no resuelve el tema de la supuesta novedad o especificidad de la era de la globalización. Si bien la propiedad multinacional y la concentración y centralización de capitales está alcanzando cotas insospechadas, pero a la vez permanentemente superadas, ¿no estaban anunciadas desde hace más de un siglo, no las vaticinó Bujarin? Bien se puede argüir el carácter no novedoso de la globalización en este aspecto¹⁹. ¿Dónde radica, entonces, la especificidad actual? Por otra parte, el capitalismo ha demostrado ser, desde sus orígenes, expansivo y exhaustivo. Por lo tanto, ¿qué tiene de nuevo o específico su actual expansión a costa del no-capitalismo?

En este sentido hay que admitir que no todo es nuevo en la globalización. Incluso se puede razonar que la experiencia que están viviendo ahora los/las nuevos/as asalariados/as en la Periferia es una repetición de la experiencia social de la Revolución Industrial. Pero, entonces, de ahí a la visión etapista del desarrollo hay sólo un paso. Y sería caer en una interpretación y diagnóstico del desarrollo capitalista, a mi parecer, erróneas. Y ello por una razón fundamental: porque la asalarización masiva, la producción de plusvalía y la privatización del capital en la Periferia no están dirigidas ni producirán el desarrollo autocentrado, sino la reproducción del capitalismo periférico. La Periferia ha llegado tarde al desarrollo nacional-capitalista, porque el capitalismo llega a ella en tanto que capitalismo mundial²⁰.

Esa es, en mi opinión, la esencia de la novedad en este aspecto. La mundialización de la relación social implica la sustitución de la propiedad nacional por la propiedad no nacional, dando nuevas dimensiones mundiales a la competencia entre capitalistas y entre trabajadores²¹. Y aunque queda todavía mucho por hacer en el campo de la investigación empírica de estos temas, no creo que nadie discuta la evidencia actual tanto respecto a la asalarización (formal o informal) como a la monopolización a escala mundial. En cualquier

caso, la competencia intercapitalista, el antagonismo entre capitalistas y trabajadores y la competencia entre trabajadores nos remiten metodológicamente al siguiente tema, el de la mundialización de la ley del valor, ya que son su manifestación.

2.- La mundialización del modo de producción, distribución y consumo como argumento teórico supone otro reto analítico. Efectivamente, si bien se suele tratar la economía (como concepto sintético que reúne las tres actividades de la producción, la distribución y el consumo) como un término unidimensional, por la necesaria correspondencia entre las tres vertientes, en la realidad del capitalismo dicha correspondencia es bien complicada, como demuestran los ciclos. Y más compleja es aún la correspondencia en el proceso de mundialización: los ritmos de globalización de cada actividad no tienen por qué ser los mismos, y asistimos de hecho a una globalización de la producción sin globalización (al mismo nivel) ni de la distribución ni del consumo capitalistas. Producir en cualquier parte del mundo, la "fábrica global", significa globalizar el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir las mercancías. Pero vender esa producción no significa globalizar el valor de la fuerza de trabajo, ni por tanto globalizar el consumo de bienes salariales. Antes al contrario, la competencia en el capitalismo global implica, para la empresa, la minimización del tiempo de trabajo individual incorporado en las mercancías sobre la base de minimizar el capital variable, y esto es posible por la diferenciación salarial internacional, que en absoluto tiende a desaparecer. La mundialización de la ley del valor está, pues, presa de la estructura histórica del Sistema internacional Centro/Periferia²².

El comercio internacional, por su parte, tampoco expresa adecuadamente la globalización de la circulación. Estamos acostumbrados a la visión "comercialista" en el análisis empírico de la globalización (y, por ende, de la integración y regionalización). No es sólo una cuestión de disposición de datos, sino también conceptual. Se confunden las esferas productiva y circulatoria cuando se comparan los volúmenes de ventas de las 500 o 1.000 principales corporaciones multina-

cionales no bancarias con PIBs nacionales o regionales, e incluso se comparan agregados totales. También se ha hecho típico medir la “transnacionalización” por la proporción del comercio intrafirma estimado. En todos los casos se llega al conocido “un tercio” de la economía mundial que se supone que funciona “globalizado”²³. Pero si en vez de pensar en términos globales pensamos en términos sectoriales, el panorama y los números cambian. Centrándonos en la industria manufacturera y la fábrica global: el PIB manufacturero mundial fue de 13'083.582 millones de dólares en 1993²⁴. Los 8'522.254 millones de dólares de las ventas de las multinacionales no bancarias supondrían entonces el 65 % de la producción. Así, una lectura sectorial nos insinúa una globalización real doble del tercio. Por otra parte, las exportaciones totales de manufacturas fueron, en 1994, de 3.050 millardos de dólares, y las exportaciones totales de mercancías, de 4.230 millardos de dólares; son cantidades que representan un tercio y la mitad, respectivamente de esos 8.522 millardos obtenidos en las ventas multinacionales, lo cual muestra la importancia de la venta en el mercado nacional de la producción de las multinacionales, o ¿viceversa (la importancia de lo que se vende fuera)? Valgan estas cortas disquisiciones para concluir que, encualquier caso, es evidente que no contamos con metodología empírica suficiente para definir siquiera qué datos necesitamos.

Aunque la pervivencia de las estructuras económicas nacionales (y su contabilidad) puede ocultar en parte la efectiva mundialización de la economía capitalista, no cabe duda de la realidad de la globalización productiva: la nueva división internacional del trabajo industrial demuestra la expansión de la producción capitalista por antonomasia (la de manufacturas) y la globalización de sus mercados. La parte de la producción directa e indirectamente gestionada por empresas multinacionales no ha hecho sino aumentar muy rápidamente en los últimos veinte años. Otra cosa es que los asalariados en las industrias manufactureras de la Periferia, que son el 80 % de la fuerza de trabajo industrial mundial según el Banco Mundial, representan tan sólo el 12 % del capital variable en la manufactura mundial en 1993²⁵.

El resultado de esta globalización deformada por la estructura Centro-Periferia es que se refuerza la explotación mundial de los recursos, medios de producción y fuerza de trabajo mundiales, pero la distribución asimétrica del excedente mundial a través de los mercados de bienes y servicios y financieros sigue haciendo que el Centro se apropie de una parte muy significativa del excedente producido en la Periferia. Ello provoca que la polarización en el consumo mundial siga teniendo dimensiones escalofriantes. Pero, en lo referente al consumo capitalista, no se trata tan sólo de la magnitud, sino también de la propia definición de las necesidades. En el capitalismo, éstas se definen por el mercado: "más consumes, más necesidades estás cubriendo". La ideología consumista es un mero resultado de la necesidad de vender, de realizar el valor de las mercancías. Pero esta identificación consumo mercantil-necesidades implica que, en la globalización, ¡las necesidades del Centro son mayores que las de la Periferia! ¡Cubrir las necesidades del 15 % de la población mundial exige el 80 % de los recursos mundiales! Esta sinrazón, con la asimetría productiva y distributiva, no hará sino que profundizarse con la globalización.

En definitiva, en la mundialización de la economía capitalista los "tempos" son diferentes según se trate de la producción de plusvalía, de su circulación y apropiación o de la reproducción de las condiciones de su generación. La economía de "libre mercado" y de libre movilidad del capital en todas sus formas exige la reproducción de unas diferencias que excluyen territorios y fuerza de trabajo de la presunta homogeneidad que conlleva el proceso de globalización. Proceso que, sin embargo, no por ello deja de ampliar (insisto, a ritmos diferentes) la fábrica y el mercado mundial. Y precisamente esta contradicción se expresa en el hecho internacional a nivel comercial y salarial. Esto nos lleva al último ámbito capitalista: el sistémico mundial.

3. ¿Qué significa la globalización del capitalismo como sistema histórico? En principio, significa que, dado que la base económica (infraestructura y estructura económica mundial) se ha mundializado, se necesita una superestructura globalizada capaz de responder a

las exigencias de reproducción de dicha base económica. Hasta el presente, el Orden Internacional de Bretton Woods en lo económico y la “cooperación y desarrollo” en lo ideológico-político articularon el Sistema Capitalista Mundial de formaciones sociales. Los enemigos externos del sistema, el “bloque socialista” y el antiimperialismo tercermundista marcaron la propia dinámica de respuestas de la estructura Centro/Periferia: un Centro que alimentaba su “Estado del Bienestar” y la integración “democrática” del socialismo a base de la apropiación de rentas de una Periferia que se debatía en las incongruencias de sus aspiraciones a un desarrollo sostenido imposible. Y de esta estructura, a la postre, ninguna formación social ha escapado, ni las economías ex-socialistas ni los milagros asiáticos (NICs). El Centro era en verdad un club bien exclusivo.

A partir de aquí, la dinámica endógena del sistema, la mundialización o globalización de su base económica, cuestiona esta estructura sistémica preexistente, a saber, la constituida por las relaciones entre economías y estados nacionales. ¿Cómo seguir hablando de “países industrializados” y “no industrializados” ante la fábrica mundial? ¿Cómo seguir hablando de guerras comerciales si producciones en distintos países competidores están controladas por la misma empresa, o si existen intereses cruzados de empresas de los países “en guerra”?

El concepto de semiperiferia nos sirve como puente teórico para explicar ese límite al que está llegando el sistema Centro/Periferia, ya que expresa el dualismo economía-sociedad, la incongruencia que se da en el seno de una formación social periférica parte de cuyo espacio sí entra en la acumulación autocentrada mundializada (o viceversa: formación social central con espacios periferizados respecto a la acumulación a escala mundial, a la fábrica y al comercio mundiales). En la medida en que la tendencia sea a superar el Estado-nación, el Centro y la Periferia ya no se definen como conjuntos de formaciones sociales en los que se reproduce autocentrada o extravertida la acumulación de capital, sino que pasan a definirse como meros espacios económicos en los que se articulan endógenamente producción, distribución y consumo capitalistas (auto-

centramiento) o no se articulan de ninguna forma (extraversión). Las superestructuras nacionales de las previas formaciones sociales dejan de operar en la reproducción de unas bases económicas que ya no son autóctonas a ningún nivel. En la medida en que se va consolidando la nueva superestructura sistémica, en la medida en que se va estabilizando la nueva Formación Social Mundial Única, las superestructuras autóctonas quedan relegadas a reproducir prácticas locales. Pero la desnacionalización afecta a los principales factores de existencia social.

¿Puede el capitalismo realmente existente, efectivamente, llevar la globalización hasta ese punto? Aquí la discusión está totalmente abierta, porque los límites y contradicciones que detectamos en las otras dimensiones analizadas hasta ahora (relación social y economía) adquieren ahora toda su importancia, y las estrategias seguidas hasta la actualidad (las llamadas políticas neoliberales) es evidente que, al acelerar el proceso globalizador, las profundizan. De ahí que el cómo se está construyendo el nuevo Sistema (hacia la Nueva Formación Social) sea también fundamental en el debate.

¿Cómo se globaliza?

En este punto cabe ser mucho más breve que en el anterior, porque está mucho más estudiado, ya que se trata fundamentalmente de los mecanismos de internacionalización del capital en todas sus formas y fracciones.

No cabe duda de que el protagonismo lo tiene el capital-dinero y la fracción financiera. Tampoco cabe duda de que, aparte de los inmensos fondos dedicados a la concentración y centralización de capital (privatización y fusiones) y a la fábrica mundial (inversión directa), el capital especulativo se aprovecha, mientras va pudiendo, de la estructura aun internacional y

de la debacle reguladora que conlleva el declive del Estado-nación (especialmente visible en la semiperiferia ex-socialista). Pero ello no es nuevo (¿cabe remitirse a Hilferding!). Lo que sí parece específico de la globalización es la desvinculación entre ahorro e inversión a escala nacional o local. En todo caso, convendría disponer de estudios continuados sobre la composición tipológica de las finanzas globales en el sentido antes apuntado, teniendo en cuenta el desarrollo de los nuevos instrumentos financieros.

Tampoco es nueva la fragilidad de la esfera financiera internacional. Lo que quizá sí caracteriza a las “finanzas globales” es la capacidad de involucrar a todo el sistema en evitar cataclismos (las últimas crisis financieras, y las anunciadas, parece que a la postre sólo las sufren las finanzas públicas y los salarios).

En realidad, ¿de dónde procede la fragilidad de las finanzas globales? Se ha hecho común el recordatorio de la necesaria ligazón con economía real. Es la esperanza, en última instancia, de beneficios, lo que da confianza a la burbuja financiera. La fábrica mundial, la propia dinámica globalizadora de la producción de plusvalía, el discurso de la suma mayor que cero a la que lleva la competencia mundial, etc., intentan alimentar permanente esta confianza. La globalización se tiene que convencer a sí misma. Pero la realidad, aunque parezca increíble hoy en día, no la hacen las Bolsas.

Por otra parte, ese predominio del dinero-crédito es hoy la palanca del consumo de bienes y servicios, y por tanto de la globalización del mismo allá donde pueda darse (los pobres y marginados seguirán sin créditos, claro). Y eso

tiene el mismo límite que en el caso de la ganancia: la economía real (en este caso, del capital variable).

Se trata, en definitiva, de aumentar la tasa mundial de plusvalía sobre la base de aumentar la masa mundial de beneficios en relación a un capital variable en descenso. La privatización y extensión de la capitalización de recursos humanos y naturales, la sobreexplotación de fuerza de trabajo mediante la fábrica mundial, la apropiación de rentas no capitalistas en la Periferia, etc., son mecanismos clave de la globalización real. Y la capacidad de consumo necesario se articula sobre la extensión del crédito, palanca de la globalización financiera. Se puede entender, entonces, que tanto la internacionalización del capital-mercancía (comercio internacional) como la internacionalización del capital-dinero (finanzas internacionales) están orientadas a estos fines.

Entonces se deduce que no es sólo una cuestión de política (neoliberal), sino de reproducción capitalista del Sistema Centro/Periferia. Al igual que ocurre con el comercio internacional, el endeudamiento internacional está siendo, no ya un mecanismo de la globalización financiera, sino un medio de la apropiación de ganancias, del excedente de la Periferia, por parte del Centro. Empieza ya a haber estudios coincidentes que apuntan a que, entre intercambio desigual y servicio de la deuda, un 30 % del excedente producido en las economías extravertidas pasa a engrosar el PIB del Centro. Más globalización, pues, pero más polarización y más explotación (el intercambio desigual se basa en la diferencia salarial, base de la fábrica mundial, tal y como ya hemos destacado en páginas anteriores). Cabe

profundizar metodológicamente en la medición de la apropiación mundial de ganancias²⁶ sobre la base de un mejor conocimiento de la economía productiva mundial.

En definitiva, los propios mecanismos de la globalización implican, o bien frenos directos a la misma (en el caso de la libre movilidad de fuerza de trabajo), o bien frenos indirectos (no globalización del consumo capitalista). Es sintomático que, a partir de la consciencia de esta contradicción, organismos que implícitamente se pretenden adalides de un futuro Orden Internacional “humano y sostenible”, como el PNUD y el Banco Mundial, hayan articulado un discurso en el que se combina la desregulación con la intervención del Estado para cuidar de los excluidos, la loa al libre mercado “de verdad” con la necesidad de cierto proteccionismo pasajero, ...para, en última instancia, no dejar que se hunda definitivamente la Periferia, sus rentas y envíos al Centro, el consumo del mismo, y que la crisis de sobreproducción acabe entonces con la burbuja financiera. Las combinaciones de neoliberalismo y keynesianismo están a la orden del día en los discursos del futuro del capitalismo, y no es una cuestión de “duros” y “blandos”: es el miedo real a que dicho futuro no exista.

A modo de conclusión

El proceso de globalización es el proceso de reproducción capitalista en el estadio actual del capitalismo como régimen histórico de producción. Al margen de instrumentaciones políticas e ideológicas más o menos coyunturales y subjetivas, hay una dimensión real, o mejor dicho, un

conjunto de dimensiones reales y objetivas que sitúan a la globalización por encima de supuestas estrategias alternativas: no hay neoliberales malos y keynesianos buenos. Hay capitalismo, que es global, y, o se fortalece su dinámica (globalizadora), o se frena con estrategias anticapitalistas.

La globalización, como el capitalismo, supone el desarrollo desigual, la polarización, la exclusión,...en suma, la no globalización. Hay, entonces, frenos y limitaciones a la globalización. Unos, de carácter objetivo (los mercados laborales, las superestructuras locales,...); otros, de carácter subjetivo o voluntario (las resistencias a la desnacionalización, a la pérdida del control democrático, a la exclusiva lógica mercantil y del beneficio privado, a la pérdida de identidad sociocultural,...). El conjunto de efectos “perversos” de la mundialización por su carácter capitalista (el aumento de la polarización, la fragilidad de la desregulación y la competencia desbocada, el aumento del desempleo y de la economía informal, el aumento de la presión medioambiental, etc.) y de esas resistencias al proceso globalizador significan que en absoluto está predeterminado el fin de la tendencia mundializadora. En un proceso en el que objetivamente el capital impone sus condiciones de reproducción, la política y el cuestionamiento de la dominación capitalista tomarán el puesto de mando en las estrategias de salvación de la Humanidad toda. Porque sólo desde la conciencia política se puede rechazar hoy el hegemonismo de la economía.

Notas

- 1 La primera versión de este texto fue presentada, en agosto de 1997, en el Seminario Internacional: “Economía Mundial: Balance y Perspectivas”, en la Universidad de Puebla (México). Quiero expresar mi agradecimiento a los comentarios de J. Estay y O. Caputo.
- 2 “En los años setenta la palabra clave era desregulación: la tendencia a acabar con las normas y medidas que ordenaban las relaciones económicas dentro y entre los Estados (...) Durante los años 80 se hablaba de mundialización: creciente interdependencia de las economías nacionales, grandes intercambios. En los años noventa se ha sustituido por la globalización: constitución de un mercado global único”. Aguirre, M. (1995: 62). Para otros, la diferencia tiene caracteres meramente nacional-escolásticos: globalización es un término introducido por el análisis anglosajón, reacto a las teorizaciones francófonas más abstractas sobre la mundialización (v. Vidal Villa (1997: 13). También es significativo como ejemplo el que la revista *Tiers Monde*, del I.E.D.E..S. de la Universidad de París I, traduzca en los títulos del sumario “mundialización” -en francés o español- por “globalización” -en inglés-. O véase también Andreff (1997), que introduce la distinción a partir de la ideología/política neoliberal. Arellanes (1996) llega a distinguir entre “globalización” y “globalismo”. En cualquier caso, se podría construir aquí y ahora un discurso, comprensivo y diferenciador a la vez, de términos y contenidos, pero no dejaría de ser un ejercicio inútil porque no se puede obligar a los demás a compartirlo.
- 3 La bibliografía sobre globalización es ya de dimensiones sustanciosas, y no es propósito de esta po-

nencia realizar un estudio bibliográfico exhaustivo. Por ello se ha optado por no personalizar las posturas A y B, que además son, en los términos estrictos en que aquí se definen, realmente inexistentes: es difícil encontrar un autor “puro” en alguno de los bandos definidos por ellas, y con seguridad cometeríamos errores de interpretación y “traiciones” teóricas si intentásemos asimilar nombres (y citas) a los discursos aquí descritos. Considérense, pues, las posturas A y B como “teorías virtuales”, sin menoscabo de que, de vez en cuando, hagamos referencias concretas a algún autor.

- 4 Los análisis más conocidos sobre las ondas tecnológicas se refieren al largo plazo. Pero, ¿qué ha ocurrido con el ciclo medio? Mucho me temo que se sigue razonando como si fuera el basado en el sistema tecnológico fordista (construcción, automóvil, etc.). Y las industrias del nuevo paradigma tecnológico imponen nuevas características a un ciclo económico de toda la economía del que explican lo principal de la dinámica de empleo, beneficios, etc. Entender el ciclo postfordista abre una necesidad investigativa importantísima. Véase Mandel, M.J. (1997).
- 5 Entre otros muchos, Sivanandan (1997) argumenta en este sentido, y es acusado de “determinismo tecnológico” por Meiksins Wood (1997).
- 6 Es decir, la tasa de plusvalía, la composición del capital y la tasa de ganancia. V. Martínez Peinado, J. y Vidal Villa, J.M. (1995).
- 7 Curiosamente, este carácter no novedoso es admitido incluso por significativos economistas ortodoxos como L. Summers. Véase D. Henwood (1996).

- 8 Aquí se sitúa el debate terminológico respecto a los agentes de la globalización: ¿transnacionales o multinacionales?
- 9 Véase Martínez González, *Tablas en Berzosa* (1994): 113.
- 10 Obviando aquí y ahora, por razones temáticas y de espacio, la discusión sobre si se trata del Estado Capitalista o del Estado en el Capitalismo.
- 11 La distinción de Vidal Villa entre “nacionalismo de Estado” y “nacionalismo de nación” es, en este sentido, totalmente pertinente.
- 12 Ese exterminio es lo que plantearon Marx y Engels como tenebrosa alternativa a la transformación radical (revolucionaria) del orden social, en el Manifiesto Comunista. Pág. 23 de la edición referenciada.
- 13 O. Martínez (1996) es de los autores que insiste más enfáticamente en esta visión de la globalización.
- 14 Marx y Engels, *op. cit.*, pág. 36
- 15 Como indica Wallerstein (1994), las relaciones entre los Centros y sus Periferias, o entre las clases sociales antagónicas, no son económicamente puras, sino que están impregnadas de monopolismos o ejercicios de poder extraeconómicos. El libre mercado y el intercambio de equivalentes nunca han existido. En términos estructuralistas, podríamos decir que en la realidad, la infraestructura (monopolio tecnológico) y la superestructura (monopolio jurídico-político) modelan la estructura económica (relaciones de clase). Por otra parte, no debe entenderse aquí que el concepto de modo de

producción no incluye las relaciones sociales (de hecho se define como el conjunto de relaciones que establece una sociedad en su seno para progresar -para desarrollar sus fuerzas productivas- de una manera específica; v. Martínez Peinado y Vidal Villa (1995)), sino simplemente que, a un alto nivel de abstracción nos fijamos sólo en la estructura económica, a un segundo nivel (todavía abstracto y ahistórico) en cómo tienen lugar las actividades económicas de la producción, la distribución y el consumo; y finalmente, cómo se plasma todo ello históricamente.

- 16 Lo que aquí se está argumentando es que tanto la incorporación de mujeres y niños de la Periferia a la Fábrica Mundial como la jubilación anticipada masiva o el retraso en la “madurez” de la población adulta y joven, respectivamente, en el Centro, son parte del mismo proceso de conformación de un proletariado mundial, con su ejército en activo y su ejército de reserva. Ambos, a su vez, definidos por la mencionada nueva división del trabajo a nivel social, sectorial, generacional, de género, etc.
- 7 Sobre las formas de reproducción de la fuerza de trabajo, véase Martínez Peinado (1996).
- 18 Véase, por ejemplo, Banco Mundial (1995) para el trabajo y Barnet y Cavanagh (1995) o UNCTAD (1995) para ejemplos de concentración y centralización del capital.
- 19 J. Estay es de los autores que mejor explica esta no novedad en varios de sus escritos. Véase, p. ej., Estay (1994). También debo a sus insistentes comentarios la ampliación de este tema respecto a la versión original del texto presentado en Puebla (México).

- 20 Esta es una de las bases teóricas de definición de la Semiperiferia, o de cuestionamiento del autocentramiento de los NICs, en mi opinión.
- 21 Volviendo al Manifiesto Comunista: “El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la concurrencia de los obreros entre sí”. Marx y Engels (1847): 36.
- 22 Véase Martínez Peinado (1996).
- 23 UNRISD (1995); Henwood (1996); También según nuestros cálculos, con las cifras de ventas de las 1.000 corporaciones (Business Week) y de ingresos de las 500 (Fortune) y el PIB mundial en 1994.
- 24 Resultado de sumar los PIBs manufactureros de los países incluidos en ONUDI (1995).
- 25 Los sueldos y salarios de los trabajadores en la industria manufacturera de los países desarrollados han pasado del 80 % del ítem mundial correspondiente en 1980 al 88 % en 1993, según se deduce de ONUDI (1995). Las desigualdades que reconoce el Banco Mundial (1995) tampoco dejan lugar a dudas. Véanse especialmente los gráficos de las páginas 14 y 139 del citado Informe.
- 26 Actualmente tenemos en curso una investigación centrándonos en el sector manufacturero y usando las categorías de capital intermedio, sueldos y salarios y excedente bruto de explotación que mide la ONUDI para aproximar el capital constante, el variable y la plusvalía y operar con agregados.

Bibliografía

AGUIRRE, M.

Los días del futuro. Icaria. Barcelona. 1995.

ANDREFF, W.

“Las multinacionales, veinte años después”. En *El Estado del Mundo 1977*. Akal. Madrid. 1997.

ARELLANES, P.

“Las nuevas características de la empresa transnacional y su relación con el Estado en el proceso de globalización”. *Economía Internacional*, 52, oct.-dic. Universidad Autónoma de Puebla. México. 1996.

BANCO MUNDIAL

Informe sobre el desarrollo mundial 1995. Washington. 1995.

BARNET, R.J. y CAVANAGH, J.

Sueños globales. Flor del Viento Ediciones. Barcelona. 1995.

BERZOSA, C. (Coord.)

La economía mundial en los 90. FUHEM/Icaria. Madrid. 1994.

ESTAY, J.

“América Latina ante la regionalización de la economía mundial”. En Turner, Vargas y Sánchez (coords.): *México en los noventa*. UAM. México. 1994.

HENWOOD, D.

“Post what?” *Monthly Review*, vol. 48, nº4. 1996.

MANDEL, M.J.

“The New Business Cycle”. *Business Week* (International). 31 Marzo. 1997.

MARTÍNEZ PEINADO, J.

“Lo que el capitalismo mundial no puede gestionar”. *Economía Internacional*, 52, 1996.

MARTÍNEZ PEINADO, J. y VIDAL VILLA, J.M. (coords.)

Economía Mundial. Mc-Graw Hill. Madrid. 1995.

MARX, K. Y ENGELS, F.

El Manifiesto Comunista. Ed. Ayuso, Madrid, 1977. 1847.

ONUUDI

Desarrollo industrial. Informe mundial 1995. FCE. México. 1995.

UNCTAD

Information Technolgy for development. ATAS, Issue 10. Nueva York y Ginebra. 1995.

UNRISD

Estados de Desorden. Ginebra. 1995.

VIDAL VILLA, J.M.

Mundialización. Diez Tesis y otros artículos. Icaria. Barcelona. 1996.

“Mundialización y Estados Nacionales”. En AA. VV: *Maastricht y el futuro de Europa*. Fundación Pere Ardiaca-Ed. Del Serbal. Barcelona. 1997.

WALLERSTEIN, I.

“Development: lodestar or illusion? En L. Sklair: *Capitalism and development*. Routledge. Londres. 1994.

El presente artículo también ha sido publicado en *El capitalismo global. Límites al desarrollo y la cooperación*. Editorial Icaria, Barcelona, España.

Lo que el capitalismo mundial no puede gestionar (Elementos metodológicos para la utopía socialista)

Javier Martínez Peinado

Introducción

En los términos más generales y sencillos: la manera capitalista de producir, distribuir y consumir se regula mediante la ley del valor-trabajo, que implica, entre otras cosas, que la competitividad o antagonismos entre capitalistas y entre capitalistas y obreros, expresados en las relaciones estructurales básicas (tasa de plusvalía, tasa de ganancia, composición del capital), se resuelvan en una dinámica reductiva del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir las mercancías. En el ámbito de la producción, el progreso capitalista y la división del trabajo son las expresiones tecnológicas de esta esencia de la “competitividad” (la reducción del tiempo de trabajo incorporado por unidad de producto), que a la postre se manifiesta como “productividad”. Esta depende, en última instancia, de la aplicación del propio progreso a la producción de la mercancía “fuerza de trabajo”, y aquí radica la especificidad de la manera de consumir capitalista.

Si bien es en el ámbito de la producción donde se define (y regula) la rentabilidad (la valorización del capital), es en la distribución donde se

asegura (o no) la realización del beneficio, y donde se enfrentan la capacidad de producir (definida por la productividad) y la capacidad de consumir (definida por la apropiación asimétrica derivada de la tasa de plusvalía).

En términos estructurales, el desarrollo auto-centrado del capitalismo se caracteriza precisamente por la articulación endógena de las dinámicas de la producción, la distribución y el consumo, mientras que el desarrollo extravertido se caracteriza por la no articulación endógena entre estos ámbitos económicos. Así, el Centro y la Periferia fueron diferenciados por R. Prebisch en base precisamente a cómo se absorbían (o no) los aumentos de productividad (producción) en aumentos salariales y capacidad de consumo, con la consiguiente creación y profundización (o no) de un mercado interno (distribución y consumo), y esta estructura Centro/Periferia ha venido siendo “reinventada” (S. Amin, I. Wallerstein, etc.) pero básicamente sostenida sobre la asimetría que la acumulación de capital a escala mundial crea en el desarrollo capitalista en el Sistema en su conjunto: el Centro es productor y consumidor e impone para ello una expansión sistémica en la que la Periferia importa sólo y dependientemente como productora y menos como consumidora: el Centro explica el Sistema y el Sistema explica la Periferia.

La pretensión de las reflexiones que siguen es mostrar cómo los problemas a los que tiene que hacer frente el actual Sistema Capitalista Mundial pueden interpretarse a partir del anterior esquema analítico. Cabe destacar que es espeluznante la rapidez con la que tales problemas han aparecido (lo que se ha manifestado a nivel aca-

démico en el auge y la “crisis vital” de la Economía del Desarrollo). Si se piensa, comparativamente, en el período histórico de formación y pervivencia del anterior Sistema Mundial, el Imperialista, liquidado tras dos guerras mundiales, resulta evidentemente corto el de los escasos treinta años tras los que el Sistema Centro/Periferia evidencia unos problemas aparentemente inabordables con los mecanismos de regulación que precisamente sirvieron para consolidarlo.

Hay dos elementos definitorios de la actual época que marcan una profunda diferencia con la etapa anterior de consolidación: la crisis económica de largo plazo y la desaparición del “socialismo real”. El ciclo descendente de la onda larga agudiza la batalla de la competitividad y de la productividad, e impulsa así la mundialización de la ley del valor, que a su vez generaliza la crisis, ya que, en última instancia, este es un mecanismo de saneamiento de la rentabilidad del capital. Respecto al hecho de que el capitalismo ha quedado como el único sistema mundial realmente existente, ello permite ilustrar los límites de la capacidad de dicho capitalismo para dar salidas estables y sostenibles a los retos de la actual crisis. Estos “nuevos” retos se refieren tanto a la infraestructura sistémica como a las relaciones internacionales que configuran la estructura mundial y que, tras el hundimiento del “socialismo” soviético, exigen un “Nuevo Orden Mundial”. Y están bien documentados por las últimas Conferencias Mundiales de Río, El Cairo o Copenhague y en el discurso paralelo del Banco Mundial.

Aquí nos centraremos exclusivamente en los aspectos infraestructurales. En el primer aparta-

do se abordará el significado teórico de la mundialización del modo de producción y de la acción de la ley del valor para, en el segundo, concretar dicho significado en elementos infraestructurales: población/fuerza de trabajo, medioambiente/naturaleza y tecnología/progreso. En el tercer apartado, se planteará cómo esos cambios derivados de la “globalización” infraestructural imponen la necesidad de cambios en la estructura sistémica, y hasta qué punto la superestructura existente puede asegurar la reproducción de la base económica mundializada dado el carácter nacional-estatal de la estructura Centro-Periferia. Por último, y como “antiéticas” a las alternativas capitalistas, se propondrán algunas reflexiones sobre el contenido de la opción anticapitalista.

El significado de la mundialización

Hay varias maneras de enfocar la tendencia a la expansión mundial del capitalismo. Sin ánimo de ser exhaustivo, cabe considerar entre ellas el enfoque de la internacionalización de las formas del capital, el enfoque de la globalización sectorial, el análisis de las empresas multinacionales, el énfasis en la integración de los mercados, etc. En última instancia, el término de “mundialización” se refiere:

- al carácter mundial del proceso de valorización del capital,
- al carácter mundial de los agentes económicos,
- al carácter mundial de la competitividad y de la productividad, y
- al carácter mundial de los mercados.

A partir de la definición del modo de producción capitalista (en adelante, MPC) como manera específica de producir, distribuir y consumir mercancías, puede considerarse que la mundialización de dicho MPC significa el desbordamiento del mercado interno en lo que se refiere a:

- la producción de las mercancías mediante el trabajo asalariado.
- la distribución de las rentas generadas por la producción.
- el consumo productivo (intermedio) e improductivo (final) de la producción.

Ahora bien, el hecho de la mundialización del modo de producción no significa que ese “desbordamiento” tenga lugar, en los tres ámbitos, simultánea y articuladamente. El “modo de producción” puede mundializarse antes o en diferente medida que el “modo de distribución”, y lo mismo puede ocurrir respecto a uno o los dos anteriores y el “modo de consumo”. Esto es ni más ni menos que admitir que los espacios de producción de plusvalía o ganancia no tienen que coincidir que los de su apropiación y que el consumo de asalariados puede no ser de mercancías salariales. Una cosa es la producción de plusvalía, otra es la distribución de ganancias a través de las estructura de los mercados, y otra la reproducción de la fuerza de trabajo.

A un nivel alto de abstracción, un mercado interno se define precisamente por la articulación endógena de los tres ámbitos. En el capitalismo, esta articulación se realiza mediante la actuación de ley del valor-trabajo, que interrelaciona los mercados de bienes y servicios y de facto-

res de la producción en los conocidos esquemas de reproducción y de flujos intersectoriales, incorporando por otra parte la necesidad del progreso técnico. El resultado es una estructura económica caracterizada por las relaciones de valor (tasa de plusvalía, composición del capital y tasa de ganancia). Entonces, la mundialización del capitalismo significa la mundialización de la acción de la ley del valor, o, dicho de otra manera, el establecimiento de las relaciones estructurales básicas a escala mundial (desbordando los mercados internos). Y, en este sentido, la desarticulación (posible) en el modo de producir, distribuir y consumir se plasmará en que, por ejemplo, se tienda a la formación de una única tasa media de ganancia mundial pero no así en el caso de las tasas de plusvalía, puesto que no hace falta capacidad de consumo de todos los trabajadores; y esa diferencia permite redistribuir el valor mundial en beneficio de algunos capitales (los centrales), tal y como postula el modelo simple de “intercambio desigual” de A. Emmanuel. Así, se produce plusvalía tanto en el Centro como en la Periferia, pero es distribuida asimétricamente en favor del capital “central”, lo que diferencia aún más el consumo de los trabajadores “centrales” y “periféricos”.

En los términos más concretos de las distintas economías nacionales que conforman la base económica del Sistema Mundial todo ello ratifica la estructura Centro/Periferia. La mundialización del MPC a través del desarrollo desigual (en términos de S. Amin) supone que la mundialización de la ley del valor se manifieste como un conjunto de irregularidades de la propia ley en lo que afecta a la producción de plusvalía, la distri-

bución del excedente y el consumo a nivel mundial. Empíricamente esto es archiconocido, y no es necesario incluir aquí datos al respecto.

A partir de la mundialización productiva, el capital puede explotar -en distintas economías nacionales- fuerza de trabajo asalariada diferentemente remunerada, lo que dibuja una división internacional del trabajo cambiante. La Periferia, ofreciendo capital constante o variable más barato, ha cumplido siempre ese papel de proporcionar excedente al Centro. Hoy, aparte de los países petroleros y de otros primario-exportadores, cuya inserción productiva en la estructura económica mundial sigue basada en la apropiación asimétrica de sus rentas primarias en beneficio del Centro (re-distribuyendo así el excedente mundial y el consumo a su favor), algunas partes de la Periferia están en condiciones de suministrar capital variable en las condiciones requeridas por la productividad y competitividad que existen en las industrias manufactureras del Centro para sus propios mercados, y ahí es donde se habla de los “países de industrialización reciente” o “nuevos países industriales” desde el punto de vista de su infraestructura, y de “semi-periferia” desde el punto de vista de su inserción estructural en el Sistema. En cualquier caso, la globalización productiva, como expresión de la mundialización de la producción de plusvalía, no debería aplicarse sino a estos espacios de la Periferia, ya que en el resto de la Periferia se mantiene el subconsumo obrero/campesino y ni siquiera es significativa, desde el punto de vista de la realización de la producción, su capacidad de compra.

Los límites de esta mundialización asimétrica de la ley del valor, dadas las contradicciones propias del MPC y la regulación competitiva a través de la productividad, se manifiestan desde hace unos años como crisis económica en las economías estatal-nacionales tanto del Centro como de la Periferia. Y la propia crisis impulsa la ulterior mundialización, como un factor de retroalimentación.

El modelo fordista y de sociedad de consumo que ha basado la acumulación de capital en el Centro ha encarecido extraordinariamente -desde el punto de vista del capital- el capital variable, que es el único que produce plusvalía. El capital ha intentado abaratarlo mediante la innovación tecnológica, agrandando el ejército de reserva (desempleo en el Centro, aumento de la población activa en la Periferia) y trasladando al Estado el coste de la destrucción de empleo. Pero lo único que se ha conseguido por ahora es que el Estado entre en crisis fiscal -lo que ya previó O'Connor en 1972- y que los capitales con más posibilidades compitan en base a la explotación de fuerza de trabajo periférica, en los citados "nuevos países industriales", o en los enclaves manufactureros tipo "maquila".

La lógica capitalista es inexorable, y es la lógica de la ley del valor. La mundialización de esta ley significa que el valor es mundial, lo cual quiere decir que el tiempo de trabajo socialmente necesario (TTSN) para producir cualquier mercancía es aquel que utiliza una planta industrial en cualquier parte del mundo dotada de los medios tecnológicos considerados "normales" o "adecuados" a la tecnología aplicada actual. Los problemas que podrían surgir por definir esta "nor-

malidad” se esfumarían en gran parte si se supone que esa planta industrial pertenece a una empresa multinacional, que por tanto utiliza la misma tecnología en muchos países, y si no está fuera del mercado es porque su tecnología no está obsoleta.

El factor clave para minimizar el TTSN, o para no perder competitividad ante reducciones de éste por parte de otro, será el capital variable. Ello nos lleva directamente al tema de los salarios nacionales diferenciados. Y hablar de este tema tiene dos vertientes: el valor diferencial de la fuerza de trabajo, con procesos de reproducción distintos en el Centro y en la Periferia, por un lado, y las condiciones institucionales de perpetuación de esa diferencia, por otro. En el primer caso hay que hablar del dualismo, de la sobrepoblación relativa, etc. En el segundo, de la ausencia de derechos sindicales y/o de la represión de los mismos, contexto estructural de debilidad de la clase obrera industrial y de desconexión del resto de clases subalternas, etc. En ambos casos, se trata de jugar con la diferencia entre el Tiempo de Trabajo Individual y el TTSN que permite la dicotomía autocentramiento-extraversión, que vuelve así a ser la única explicación posible de la estabilidad de la asimetría mundial en la producción-distribución-consumo.

En esta situación de mundialización del valor por medio de empresas multinacionales que fabrican en países con costes laborales estructuralmente distintos, la conclusión lógica es que las producciones en los países con menores costes laborales tienen un TTSN menor, son más competitivas. La alternativa para las fábricas en los países con salarios históricos más altos es o redu-

cirlos o, alternativamente, reducir el capital constante (aumento de productividad tecnológica).

Reducir el capital variable es posible, a grandes rasgos, de dos maneras: abaratando los bienes salariales, o reduciendo el salario. Para conseguir lo primero, curiosamente, es muy útil la producción de los países con menores salarios, si es que son de bienes salariales (alimentos, textiles, electrónica del hogar, automóviles, etc., o componentes). Reducir el salario, sobre todo a nivel nominal, puede ser más difícil, y la consecuencia más inmediata es una reducción del consumo que puede llevar a una crisis de subconsumo, sólo enfrentable con las “importaciones baratas” (bien de bienes salariales, bien de materias primas semielaboradas), que a su vez “arruinan” a la producción nacional que se pretendía salvar con la reducción de salarios.

Resumiendo: si la mundialización de la ley del valor en la producción significa la incorporación de la Periferia a la producción directa de plusvalía, en la distribución ello significa que dicha incorporación tiene que fundamentarse en los bajos salarios y el intercambio desigual, y, en lo que respecta al consumo, en la perpetuación del subconsumo. Y, respecto al Centro, el desempleo y la crisis fiscal del Estado exigen que la Periferia mantenga ese papel, proporcionando excedente que amortigüe las tensiones sociales derivadas. La capacidad mundial de producir plusvalía aumenta con la globalización, pero no así la capacidad de consumir de los que la producen.

Mundialización e infraestructura

La globalización productiva ha supuesto cambios notables en la infraestructura sistémica en la línea antes apuntada (industrialización periférica y semiperiférica). Pero, recíprocamente, desde esa infraestructura modificada por la mundialización del progreso se diseñan claros límites al mantenimiento del statu quo estructural. Nos referiremos a tres fuerzas productivas: la fuerza de trabajo (1), la naturaleza (2) y la tecnología (3).

1. La globalización supone la expansión mundial de la asalarización. Según el Banco Mundial (Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1995) una mayoría de la fuerza de trabajo en el mundo se reproduce ya mediante el ingreso procedente del trabajo, aunque dicho ingreso sea mínimo. La persistencia del trabajo por cuenta propia -la pervivencia del modo de producción mercantil simple-, especialmente en la agricultura, supone, en muchos casos, un mecanismo de apropiación de la renta así generada por el capital, de manera que si bien no produce plusvalía, sí permite aumentar las ganancias capitalistas a través del comercio. Por otra parte, es reconocido que los trabajadores del sector “informal” representan más del 80 % de la población activa en los países de ingreso bajo y más de la mitad en los de ingreso mediano (*op.cit.*:5). Y cabe destacar que los trabajadores de los países de ingreso bajo y mediano ya representan casi el 80 % de la mano de obra industrial del mundo (*op.cit.*:4). La globalización, que ha impulsado la industrialización por sustitución de exportaciones, está loca-

lizando progresivamente el ejército de reserva industrial en la Periferia.

Y ahí es donde, en el medio plazo, se plantea el primer límite del capitalismo actual. De aquí a treinta años la población activa del mundo aumentará en 1.200 millones de trabajadoras/es, cuya incorporación al mercado laboral, única salida para su reproducción, tendrá que ser pagada con un capital variable decreciente. Esto producirá la polarización y los enfrentamientos sindicales bien el Centro (donde el capital cargará los costes de la competitividad en los trabajadores), bien en la Periferia (en demanda de derechos laborales y mejores salarios). La actitud de las empresas multinacionales retirando inversiones ante la presión sindical conllevaría no sólo un refuerzo de la polarización sino también una crisis del Estado-nación en su función de legitimación (“si no sirve para defender los intereses de la población autóctona, ¿para qué o a quién sirve?”).

En definitiva, la mundialización de la fuerza de trabajo y de la tasa de plusvalía plantea el reto de la capacidad de consumir de los trabajadores más explotados, que en número de cientos de millones se incorporan a valorizar el capital mundializado, directa o indirectamente, en un marco competitivo determinado por los costes relativos. O lo pagan los trabajadores del Centro, o lo pagan los de la Periferia. La mundialización de la producción no conlleva la mundialización del consumo, sino la perpetuación de la polarización. Ello es reconocido en el discurso del Banco Mundial o en el del PNUD (Informe sobre el desarrollo humano, 1993). En el discurso de ambos, sin embargo, la posible solución es uní-

voca: más mercado, aunque también se pide la acción del Estado para potenciar la apertura exterior, articular el sector informal y gestionar la pobreza. Incongruencias finales ante la experiencia y perspectivas innegables del “crecimiento económico sin empleo”.

Como conclusión: cabe dudar de la capacidad del capitalismo mundial para gestionar (mediante el mercado laboral) la reproducción de la fuerza de trabajo mundializada como mercancía. La situación anterior (de segmentación de dicha fuerza de trabajo) es cada vez más insostenible ante las redes y movimientos migratorios. Sólo aumentando enormemente el capital variable se podría afrontar la explosión demográfica de la población activa, pero dicho aumento va contra la lógica de la competitividad y de la productividad.

2. Respecto a los límites que el malbaratamiento de las condiciones naturales de la producción impone a la reproducción ampliada no cabe extenderse demasiado, porque, de nuevo a pesar del discurso del Banco Mundial (Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1992), numerosos estudios han hecho evidente la incapacidad capitalista tanto de medir como de financiar el coste medioambiental si dicho coste se piensa, no a escala local, sino a escala sistémica.

En este caso, el consumo de la ingente fuerza de trabajo que se incorpora a la globalización desde la Semiperiferia exige replantear la asimetría en la apropiación de las rentas de la Naturaleza que tradicionalmente ha “expropiado” el Centro a la Periferia. Eso podría significar, por ejemplo, que el Centro tendría que pagar para

que no aumente el efecto invernadero, por el mantenimiento de la Amazonia o para que no se agrande el agujero de la capa de ozono. Podría pagar con tecnología, pero no parece que esa sea la lógica del sistema hasta ahora (recuérdese al respecto el olvido de la Agenda 21). Es evidente que al capital le interesa más la crisis económica a corto plazo que la ambiental a medio o largo plazo. La globalización, en este sentido, supone la acumulación extensiva en la Periferia (única manera, por otra parte, de absorber a la creciente fuerza de trabajo). El capitalismo realmente existente no puede prescindir del crecimiento económico entendido como incremento iterativo de la capacidad de producir. Y en la crisis actual no está por el reparto de las rentas de la Naturaleza a favor de la Periferia.

3. Por último cabe hacer una breve referencia a la tecnología. En verdad que se ha confiado y se confía en la Revolución Tecnológica para resolver todos los problemas anteriores. El agravamiento de la polarización en la humanidad que ya está produciendo dicha revolución ha sido profusamente anunciado desde los años ochenta desde los ideólogos del propio Sistema (recuérdense, por ejemplo, el Informe al Club de Roma dirigido por Friedrichs y Schaff: *Microelectrónica y sociedad* (1982), o las admoniciones de P. Kennedy en su *Hacia el siglo XXI* (1993), en donde escribía: “Por maravillosas que puedan ser las tecnologías que hay detrás de las nuevas revoluciones agrícola e industrial, ni ofrecen soluciones a la crisis demográfica global ni tienden un puente sobre el abismo que separa el Norte del Sur”), pero a la postre parece quedar sólo como

un pesimismo alarmista según el discurso dominante. Este, a su vez, viene a plantear el siguiente mensaje: la revolución tecnológica cambiará el mundo, y para mejor, y el que no se adapte a ella sufrirá las consecuencias; por lo tanto, el que quede descolgado será responsable de su propia marginación. Es el mismo tipo de mensaje que se ha repetido hasta la saciedad en la apertura comercial, la desregulación, etc., y que se resume en echar la culpa de la desgracia al desgraciado, de la derrota al derrotado, de la marginación al marginado. En este caso, se trata de un mera combinación de malthusianismo y darwinismo tecnológicos.

Si en vez de pensar la tecnología como exógena al acontecer socioeconómico se considera el progreso como el resultado de las relaciones estructurales básicas, en la línea apuntada al principio de este texto, la confianza en dicho progreso merma rápidamente. Por definición, el progreso capitalista no hará progresar a toda la humanidad, sino que incorporará a dicha humanidad a la producción de plusvalía en las condiciones más favorables para el capital, que son las de abaratar el capital variable y amortizar lo más rápidamente posible el capital constante. En un contexto de crisis de rentabilidad productiva, además, el progreso se enfoca hacia la disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario en lo que respecta a la competencia intercapitalista o internacional, y hacia el aumento de la tasa de plusvalía en lo que respecta al antagonismo capital/trabajo. El abaratamiento del capital constante, además de por la innovación, se consigue intensificando su uso mediante un capital variable en reducción: flexibilidad laboral y tra-

bajo precario en la acumulación intensiva, bajos salarios y organización fordista periférica en los sectores en los que aún es posible.

Pero los robots acaban, o acabarán, siendo más baratos que la fuerza de trabajo viva. Bien es verdad que la terciarización crea nuevas tareas. En este sentido, se arguye, con sentido optimista, en las “nuevas ocupaciones” que creará la revolución tecnológica. No solamente ella: el envejecimiento de la población, la conservación del medioambiente,...o sea, la infraestructura en su conjunto plantea nuevas necesidades a cubrir con el trabajo humano. Pero, para ser realista, de ahí a olvidar que el trabajo se ejerce en estructuras de propiedad específicas hay un salto de vértigo. Porque, siendo realistas, si las nuevas tareas “sociales” (cuidar ancianos, controlar/distraer a los “jóvenes” de hasta treinta años y a los jubilados no ancianos, replantar árboles, etc.) producen ganancia capitalista, estarán sometidas a la lógica del aumento de la composición orgánica del capital; y si no producen ganancia y se hace cargo de ellas el Estado, se tratará de un subsidio encubierto con los evidentes límites de la redistribución del excedente y la crisis fiscal del Estado. En realidad, y como es sabido, uno de los problemas más grandes a los que se enfrenta el Estado en el Centro es precisamente la gestión de la reproducción de la población no ocupada (activa y no activa). Lo que la regulación fordista dejó en manos del “Estado del Bienestar” ya le sale caro al capital con la crisis, que se convierte entonces en crisis política (de legitimación del propio hecho nacional-estatal).

La revolución tecnológica, en sí misma, nada dice de la lógica del progreso. El capitalismo

mundial sólo puede gestionar el progreso en beneficio de la rentabilidad. En esas condiciones, la revolución tecnológica no resolverá nada, sino que acrecentará la polarización, no ya desde el punto de vista tecnológico, sino incluso desde el ámbito de la necesaria rentabilización de los ingentes capitales invertidos en I + D. Esto se hace bien evidente con las tecnologías mediambientales y las necesidades de la Periferia que comentábamos en el punto anterior: no se van a “regalar” las nuevas tecnologías no contaminantes, de la misma manera que el Centro no va a pagar por la renta de biodiversidad aún existente en la Periferia para beneficio de las industrias cosmética, farmacéutica, etc. del Centro.

Concluyendo: la infraestructura tecnológica, auténtica matriz del desarrollo de las fuerzas productivas, plantea más retos que soluciones en su uso para el desarrollo del ser humano y de la Naturaleza, dado que dicho uso se modela según la estructura capitalista Centro/Periferia. Es decir: ante retos infraestructurales, límites estructurales. ¿Qué sentido tiene, entonces, el discurso del desarrollo humano y sostenible?

La regulación en el Sistema Mundial y las soluciones capitalistas

De nuevo en términos sencillos: la infraestructura y la estructura del Sistema forman la base económica del mismo; la dinámica de dicha base económica consiste en la explotación de la infraestructura para reproducir la estructura. Los mecanismos reguladores de este funcionamiento son tanto objetivos (el desarrollo cíclico, la ley del valor,...) como provenientes de la acción cons-

ciente de los agentes económicos y sociales para, o bien profundizar la acción de “las ciegas fuerzas del mercado”, o bien para contrarrestar sus efectos más peligrosos social o políticamente. Es el caso del Estado, la conciencia social, el poder compensatorio, etc. En este segundo caso de regulación consciente es donde aparece definida la superestructura del Sistema. La superestructura del Sistema Capitalista Mundial de formaciones sociales es la encargada, entonces de asegurar la reproducción de la base económica del Sistema Centro/Periferia en beneficio del capital.

Así cabe entender la propia dinámica superestructural del Sistema, desde el militarismo y racismo del imperialismo a la formulación del “Nuevo Orden Internacional”, que en teoría, incorporaría a los nuevos estados (periféricos) a una economía mundial en expansión. La regulación económica se dejó evidentemente en manos del Centro, en el que se planteaban (y plantean) los problemas de hegemonía de los capitales primero nacionales y luego multinacionales; la regulación de la fractura Centro/Periferia (y, hasta los años noventa, de las relaciones capitalismo-socialismo) se dejó a las Naciones Unidas, tuteladas en última instancia por los intereses del Centro (de nuevo, ahora a nivel superestructural, el Centro explica el Sistema): la ayuda al desarrollo, el comercio, la inversión,...

La mundialización de la ley del valor, el desarrollo desigual y la crisis económica han regulado objetivamente la internacionalización del capital-mercancía, del capital-dinero y del capital-productivo, en sus aspectos invariable y variable respecto a su valorización. Han diseñado así la distribución mundial de rentas, salarios y benefi-

cios y explican también la polarización de la riqueza y la pobreza, del derroche y el hambre, del consumo desigual en el mundo. La superestructura sistémica ha tenido que hacer frente a todo eso sin cuestionar la estructura sistémica, o negándola en su mayor: es posible el desarrollo, la Periferia dejará de serlo. (Por supuesto hay otra explicación extra-económica a los males de este mundo: el pecado original, el demonio, etc.).

Pero tal como fracasó el imperialismo ha fracasado también el discurso del “Nuevo Orden Económico Internacional”, básicamente porque es un concepto construido sobre unas políticas que no son para cambiar lo existente, sino para reproducirlo; de nuevo no tiene nada. Así, el fracaso del “desarrollo”, el aumento de la pobreza mundial, el deterioro del medioambiente, la superpoblación relativa a nivel mundial,...han sido reconocidos en el que puede considerarse cada vez más como discurso “oficial” de la superestructura de NN.UU.: el del Banco Mundial-PNUD. Y han supuesto, por otra parte, el acta de defunción de algunos mecanismos anteriores de regulación, especialmente el del Estado-nación, la gran contradicción del proceso de mundialización.

Los Estados nacionales son demasiado pequeños para la dimensión sistémica de algunos problemas y demasiado grandes para las soluciones microeconómicas aportadas por la sociedad civil. En verdad que es tremendamente confuso el discurso actual “oficial”: menos Estado, más mercado, pero más preocupación del Estado por la pobreza, el medioambiente y el empleo; pero, de nuevo, menos ingerencia pública y más privatizaciones (que es obvio que generarán

más desempleo). En cualquier caso, el fenómeno del ascenso de los nacionalismos expresa esa debilidad del Estado-nación como regulador económico (los nacionalismos emergentes precisamente se centran en la superestructura no económica: etnia, raza, conciencia social, religión, etc.).

Las soluciones capitalistas a los retos de la base económica se articulan, entonces, en base a una combinación de elementos nuevos y viejos, sin ninguna garantía de éxito. A grandes rasgos, las salidas capitalistas a la crisis van en tres direcciones:

a) Dejar funcionar libremente la regulación económica y ejercer un “socorro de emergencia” a los problemas que esa desregulación genera. Es la receta neoliberal, que es evidente que nunca acaba de funcionar por los elevadísimos costes sociales y políticos que conlleva. En verdad que nunca sabremos si tendrían éxito los planes globales diseñados en los despachos y las salas informáticas de las universidades porque nunca terminan de aplicarse totalmente, al decir de sus defensores (que así justifican los mediocres o, en el mejor de los casos, parciales resultados: “es que no se han llevado hasta el final”). En cualquier caso, en cuanto comienza la desregulación y la apertura exterior sin trabas, comienzan los problemas de los pobres, y la caridad se hace necesaria. Aparecen entonces las ONGs, que a su vez permiten la disminución de la ayuda oficial, que nunca acaba de pasar del 0.3 % de la riqueza del Centro.

b) En algunos casos, y pensando especialmente en la Semiperiferia, se ha llegado a postular un cierto keynesianismo mundial, en el sentido de permitir un cierto proteccionismo para los sectores estratégicos de subsistencia combinado con una fuerte orientación exportadora y manufacturera, de tal manera que se articulase una cierta capacidad de consumo (productivo e improductivo) en el “mundo en desarrollo” que, además, estimulase la reactivación económica del Centro. En los años setenta las propuestas de la socialdemocracia internacional y asimilables iban claramente por aquí, y los Informes de Brandt o Leontieff recogían esta estrategia de optimismo keynesiano; a finales de los ochenta era la UNCTAD quien esgrimía la combinación proteccionismo/exportación/demanda mundial ya más como una necesidad que como una posibilidad. Ideológicamente se trata de trasladar la fuente del conflicto desde el modo de producir al modo de distribuir (así no se cuestiona el capitalismo), e incluso, en términos más ecológico-modernos, la culpa es de los “consumidores” centrales (¡el modo de consumo determina el modo de distribución, y éste el de producción!).

En cualquier caso, los flujos netos Centro/Periferia tendrían, en esta estrategia, que ir del rico al pobre, mientras que la situación real es la contraria, debido a la regulación económica del comercio y las finanzas internacionales. Por eso se ha dicho que la Periferia está financiando la recuperación del Centro. Los límites del discurso keynesiano son los de la lógica reproductiva capitalista: la Periferia está para producir, no para consumir, porque el mercado mundial está en el

Centro y sólo subsidiariamente en la (semi)Periferia.

c) En todos los casos, las exigencias de la mundialización en lo que atañe a la productividad y competitividad interCentro y Centro/Semiperiferia son tan grandes para muchos capitales nacionales que la adecuación al mercado mundial se “ralentiza” a través de la integración económica supranacional. Los mercados regionales aparecen como “pasos” en la mundialización, etapas en la libertad de circulación del capital en todas sus formas, y permiten vislumbrar, teórica y prácticamente, las ventajas de la integración global.

La integración económica no es solamente eso, no es tan solo una “mundialización en pequeño”. Es también la expresión de la crisis del Estado nacional como marco del mercado interno en el que hay que reproducir el capital, y es el vehículo de reproducción de la jerarquización de los capitales. En otras palabras, la integración permite reproducir a escala cada vez más detallada (en los distintos bloques integrados) las relaciones de dominación y dependencia que conlleva el capitalismo y que, en las economías centrales, había “superado” por su proceso de expansión, utilizando el Estado del Bienestar como estandarte. La polarización se hace visible ahora en cada “microcosmos” integrado. Por ejemplo, ¿no es un microcosmos un TLC que incluye el Oeste de EE.UU., el Este de EE.UU., las rentas primarias de Canadá, la semiperiferia mexicana y Chiapas (por decirlo resumidamente)? Para algunas economías de la Semiperiferia, la integra-

ción económica supone la posibilidad de afianzar su papel de “subcentro” regional respecto a la periferia más atrasada, aunque respecto al Centro se mantenga como Periferia. Ahí radica también la salida necesaria de la integración como alternativa para el desarrollo capitalista de la Periferia imposible ya en el marco del Estado nación.

Es decir, con la integración económica se soluciona la no competitividad mundial de algunos capitales nacionales o se permite mantener determinados proteccionismos. La globalización absoluta, superadas las limitaciones nacionales o regionales a la regulación del mercado mundial, llevaría a una nueva configuración espacial (que no de países) de la estructura Centro/Periferia. En ella, probablemente, algunos territorios actuales del Centro se periferizarían, porque hoy están protegidos en el marco estatal-nacional o regional-integrado. Y zonas actuales de la Semi-periferia, basándose en sus ventajas competitivas (de las que hasta ahora se ha aprovechado el Centro) se “desquitarían”.

Este momento crítico es el que se está viviendo en la reordenación-integración en bloques económicos: preparar la competencia futura sin descolgarse de la estructura (todavía nacional) presente. Pero, de nuevo, la superestructura de la integración económica se muestra incapaz de superar la regulación no económica de la que en su momento se dotó el propio capitalismo: el nacionalismo, el racismo, la vocación universal de lo individual -hegemonismo y homogeneización. Al capitalismo le cuesta la diversidad. La crisis del Estado-nación, arruinado por las necesidades de la acumulación a escala mundial, no es la

crisis de los nacionalismos, sino todo lo contrario: el auge de los nacionalismos procede de la crisis del Estado-nacional-capitalista. A la superestructura sistémica capitalista le está costando mucho construirse de una forma creíble.

Concluyendo: con la ruina del Estado-nación, la crisis de credibilidad (y, consiguientemente, financiera) de las NN.UU., y el auge de los nacionalismos, el capitalismo realmente existente está demostrando su incapacidad para generar una superestructura mundial capaz de hacer frente a los problemas mundiales de la base económica globalizada si no es a costa de guerras, imposiciones, etc. Lo que, en definitiva, no asegura de forma estable la reproducción de dicha base económica.

Reflexiones finales

La mundialización de la ley del valor establece las bases de la competitividad en la reducción general del tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado, y las bases de la productividad del trabajo en la minimización del capital variable. De ahí que los trabajadores del mundo desarrollado estén cada vez más espantados ante la manera de producir en la Semiperiferia. Porque las condiciones del trabajo asalariado en el modo fordista y post-fordista hasta la actualidad han estado basadas en la no-mundialización o no-globalización del modo de distribuir y del modo de consumir, que se han adaptado a un acaparamiento del excedente mundial por parte del Centro, a través de los mecanismos de la acumulación de capital a escala mundial. La competencia intercapitalista se traslada, así a los traba-

jadores, a los que el capital dice: esto es lo que puedo dedicar a capital variable: aclararos si queréis que lo invierta aquí o allí.

Pero esto sólo resuelve los problemas de valorización del capital, no los de la humanidad. Es más, el capitalismo no puede resolver ni el empleo de la fuerza de trabajo mundial ni los de la degradación medioambiental, ni los de la generación de pobreza. Por no tener, no dispone siquiera de mecanismos superestructurales creíbles más allá del hegemonismo mediático, político y militar, que sólo llevará, en términos de S. Amin, al imperio del caos.

Desde una perspectiva de superación de estos límites del capitalismo, el tratamiento de la mundialización hecho hasta aquí nos lleva a concluir con las siguientes reflexiones:

a) La izquierda no puede hacer suyo el discurso de la competitividad, ni buscar el bienestar de unos trabajadores a costa del perjuicio de otros trabajadores.

b) El antagonismo capital/trabajo, al mundializarse productivamente pero no distributivamente, exige empezar por la lucha sindical de los primeros tiempos de formación del mercado interno: los sindicatos mundiales (de clase) de empresas multinacionales que eviten la diferenciación salarial interempresa.

c) El keynesianismo nacional es sólo una trinchera defensiva sin más futuro que la esperanza de recuperación económica sobre la renovación de la acumulación de capital explotando más y

mejor a otros, de forma que nos lleguen las migajas.

d) El Estado capitalista no puede seguir pensándose como palanca de la transición al socialismo. La experiencia soviética y la socialdemócrata han demostrado las consecuencias de la confusión entre “lo público”, lo “estatal” y lo “socialista”. Habrá que pensar en otros mecanismos más democráticos de apropiación colectiva de la producción y el excedente.

e) La estructura mundial Centro/Periferia sólo puede ser abordada por la izquierda, en un primer momento, desde el punto de vista de la efectiva mundialización armónica de distribución y el consumo respecto a la producción, pero forzando los propios mecanismos de la ley del valor en lo que se refiere a la apropiación, para mantener lo dicho en a). Ello deberá hacerse, pues, a partir de políticas económicas internacionales conscientes, básicamente de tipo fiscal, especialmente contra el capital financiero.

f) Se trata de acabar con la pobreza, no con la riqueza, y ello implica frenar o sustituir la mundialización capitalista (del MPC) para dar una oportunidad a un autocentramiento de mínimos a escala regional en la Periferia. Ello supone incorporar al debate político las alternativas al concepto de desarrollo.

g) Por más utópico o etéreo que pueda parecer un discurso de izquierdas del tipo anterior, no tiene sentido omitirlo si se quiere discutir en serio cómo superar el capitalismo. Cuanto antes se

empiece a discutir más masivamente cómo hacerlo (no “cómo adaptarse a lo que hay sin empeorar”) más posibilidades habrá para la acción. Lo que hay que clarificar de una vez es qué se quiere discutir: si el cómo conseguir votos, si el cómo gestionar el estado capitalista nacional, si el cómo superar la actual manera capitalista de producir, distribuir y consumir.

El presente artículo también ha sido publicado en *El capitalismo global. Límites al desarrollo y la cooperación*. Editorial Icaria, Barcelona, España.

Mundialización y movilidad de la fuerza de trabajo

José María Vidal Villa

La problemática del proceso de mundialización en curso ha dado lugar, en los últimos años, a un incesante y, en ocasiones, acalorado debate sobre su alcance, interpretación y resultado final. Cabe decir, sin exagerar, que no existe una opinión unánime, muy por el contrario, se manifiestan discrepancias que llegan incluso a la descalificación ideológica entre los que polemizan: unos a favor, que la entienden como la panacea que favorecerá una nueva época de auge y prosperidad del capitalismo mundial y, otros, como la manifestación de todos los males del capitalismo que, en este caso, atenta también contra la misma existencia de los Estados nacionales y su soberanía.

En cualquier caso, lo que parece conveniente es precisar qué es lo que hay de objetivo tras el debate ideológico, es decir, qué muestra la realidad de forma incuestionable y qué debe ser admitido por cualquier observador.

Uno de los datos de la realidad se manifiesta en el plano teórico: se trata del aparente triunfo del bautizado como “pensamiento único” por Ignacio Ramonet, cuya base se asienta sobre los paradigmas de la economía clásica y neoclásica y su acción se plasma en la política económica neoliberal que se aplica tanto a nivel de los Esta-

dos nacionales como a nivel supranacional, impulsada por organismos tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (políticas de ajuste, monetarismo, ultraliberalismo,...).

El principio teórico sobre el que se asienta este planteamiento puede ser resumido del siguiente modo: el mercado es el mejor mecanismo para asignar eficientemente los recursos y, por consiguiente, obtener la mayor prosperidad, equilibrio y desarrollo. Es decir, el mercado aparece como el principal mecanismo de funcionamiento de la economía y se le atribuye todo género de aptitudes para resolver problemas económicos que se le plantean a la sociedad.

Prescindiendo de sí tienen razón los que sustentan tal aserto, lo que sí podemos convenir es que ésta es la manera de enfocar los temas de la mundialización de forma oficial, de forma convencional, en la prensa, en las Universidades y en los libros de economía al uso, así como en los centros de poder de los Gobiernos nacionales y de los organismos internacionales. Falso o no, tiene la fuerza de una realidad compartida.

Y esta realidad impulsa procesos acelerados de desregulación de mercados nacionales, de deterioro de los logros del Estado del Bienestar, de privatizaciones de empresas públicas, de reformas de los mercados laborales, etc., todo ello en aras del avance del mercado y de su plena y libre implantación.

Aun en el plano teórico, conviene recordar cuáles son los postulados fundamentales de los planteamientos antes expuestos: Son fundamentalmente tres, que indican que el buen funciona-

miento de la economía capitalista debe asentarse sobre:

- la libre movilidad de capitales
- la libre movilidad de mercancías
- la libre movilidad de la fuerza de trabajo

Todo ello, por supuesto, en el marco de una economía en la que las instituciones que la gobiernan respeten y apoyen el libre juego de las fuerzas del mercado y la libre competencia.

Hasta hoy, este marco institucional estaba representado por los Estados nacionales, con mercados protegidos y política económica independiente y soberana, con moneda propia y con legislación económica propia.

Sin embargo, la mundialización está desbordando este cómodo marco y las legislaciones y las instituciones nacionales se quedan obsoletas por momentos. Buena prueba de ello es la ofensiva “legislativa”, patrocinada por la OCDE, a iniciativa de las grandes multinacionales, para aprobar el Acuerdo Multilateral de Inversiones (A.M.I.) que, a juicio de M. Renato Ruggiero, Director General de la Organización Mundial de Comercio (OMC) representa “...la Constitución de una economía mundial unificada”. Estamos, pues, ante el primer gran intento de legislar “no democráticamente” las condiciones para la implantación de una economía capitalista mundial, en la que el libre mercado sea el único asignador de recursos, a expensas de los Estados nacionales.

Ello nos lleva a una situación peculiar. Se avanza, y los hechos así lo confirman, en la libertad de movimientos de capitales en el ámbito

mundial, que cada día encuentran menos obstáculos a su libre movimiento. Se avanza también en la liberalización del comercio internacional, cuyos obstáculos y barreras de origen nacional empiezan también a ser desmantelados o, al menos, suavizados de manera notable.

Pero, no se avanza en la liberalización del movimiento de personas. Antes al contrario, se intenta frenar el proceso de migración con dirección Periferia-Centro y, en particular, el asentamiento definitivo de emigrantes de la Periferia en los países del Centro. A pesar de los obstáculos impuestos a la inmigración, se ha producido un notable crecimiento en volumen de los emigrantes de la Periferia hacia el Centro, aumento que sin embargo no colma, ni de lejos, las necesidades de trabajo asalariado de la población periférica.

Se intenta, por tanto, construir un capitalismo mundial al que le faltará uno de los ingredientes que los propios teóricos e ideólogos del sistema consideran consubstancial e imprescindible: el libre movimiento de personas. Y, como corolario, este intento de fijar a la población en sus lugares de origen concede a los Estados nacionales un estatuto de responsables de tal situación y, por tanto, contribuye a su pervivencia, contrarrestada fuertemente por la mundialización y la liberalización de las otras dos facetas del sistema: la libertad de movimiento de mercancías y de capitales.

A continuación presentaré unas reflexiones acerca del porqué de esta situación, en particular con respecto a la siguiente pregunta: ¿por qué no se puede permitir la libertad de movimiento de las personas?

Generalmente, se utilizan argumentos muy diversos para justificar esta necesaria fijación de la población en su lugar de origen. Entre otros, los cinco siguientes:

- Tecnología.- El progreso tecnológico, en los países del Centro, es, siempre, ahorrador de fuerza de trabajo. Es intensivo en capital, es decir, favorecedor del crecimiento del capital constante -y, dentro de él, sobre todo, el capital fijo: maquinaria, instalaciones, etc.- más que proporcionalmente con respecto al capital variable, que representa la utilización de fuerza de trabajo. Este hecho tiene como consecuencia un crecimiento del empleo a un ritmo inferior al de la producción y afecta a la oferta de puestos de trabajo, que se ve menguada. Por consiguiente, la tecnología actúa como destructora de puestos de trabajo y, aunque genera importantes cambios en la calificación y favorece la movilidad intersectorial, e incluso la modernización del aparato productivo, no estimula suficientemente el crecimiento de la demanda de fuerza de trabajo por las empresas.

- Productividad.- Actúa como el incentivo fundamental para el incremento de la rentabilidad de las empresas. Es el motor del cambio tecnológico y se fundamenta en la disminución del volumen de trabajadores con respecto al *output* final. Más producción por hora, más producción por persona empleada. Ese es el criterio a seguir, y, por consiguiente, tiene repercusiones contractivas sobre la demanda de fuerza de trabajo.

- Competitividad.- Es la regla de oro del capitalismo y representa la expresión de la competencia entre los capitalistas. Desde el punto de vista de la fuerza de trabajo, la competitividad entre empresas obliga a la reducción de los llamados costes salariales que, además del salario directo, incluyen los costes de la seguridad social y de los servicios prestados por las empresas a sus empleados. La intención de los capitalistas y los esfuerzos que realizan tienden al decrecimiento de estos costes salariales y, en la medida en que no se consiga modificar la legislación laboral de ámbito nacional, la mejor manera de reducirlos es disminuir el volumen de trabajadores empleados en las empresas. Todo ello redundará en un decrecimiento de la demanda de fuerza de trabajo.

- Paro.- La confluencia de los tres fenómenos anteriores tiene efectos significativos sobre el volumen de empleo a escala nacional. Tales efectos se han manifestado en las últimas dos décadas como un incesante incremento del volumen de paro en los países centrales, lo cual da lugar a la presencia de un importante ejército de reserva de fuerza de trabajo nacional, que puede ser utilizado como elemento regulador a la baja de los salarios nacionales e, incluso, como argumento para la reforma del mercado laboral, introduciendo figuras contractuales distintas a la del contrato fijo: aprendices, trabajo temporal, a tiempo parcial, eventual, etc. El resultado es la diferenciación profunda entre trabajadores y la distorsión del mercado laboral, y en lo que a nosotros nos atañe, la disminución de la demanda de fuerza de trabajo nacional.

- Estado del Bienestar.- Las conquistas sociales de los trabajadores y las diversas legislaciones nacionales en materia de Bienestar, asentadas en la difusión del keynesianismo, dieron lugar a la instalación del llamado Estado del Bienestar, que implica, de hecho, un encarecimiento global del coste de la fuerza de trabajo. La existencia de tal situación, favorable para los trabajadores nacionales con empleo, es un factor más de desestímulo a la demanda de fuerza de trabajo.

En conclusión, crece, y se estimula su crecimiento, la producción, la productividad, la competitividad, la rentabilidad de las empresas (al menos a corto plazo), pero crece menos o no crece el volumen de empleo.

Y el resultado, si volvemos al terreno de la mundialización, es que no existe una fuerte presión de los mercados laborales de los países del Centro para la obtención de mano de obra extranjera, en general de la Periferia, para cubrir sus necesidades productivas o de servicios. De ahí se desprende el hecho de la no-necesidad de fomentar la inmigración, antes al contrario, la necesidad de desestimularla.

Estas son algunas de las interpretaciones que explican por qué el capitalismo mundializado no puede tolerar la libre movilidad de la fuerza de trabajo en el mundo.

El capitalismo como conversión del trabajo en trabajo asalariado

Es bien conocido el mecanismo básico del capitalismo asentado en la conversión del trabajo en trabajo asalariado. Esta tendencia, a pesar

de la presencia de importantes fuerzas contrarrestantes, sigue actuando plenamente en la economía mundializada. No obstante, existen significativas diferencias que se manifiestan sobre todo en los comportamientos del empleo asalariado en los diferentes ámbitos regionales. No sólo debido a políticas de regulación laboral diferentes sino y sobre todo a causa de la presencia de contingentes más o menos amplios de población que no se integran -ni se pueden integrar en las condiciones actuales- en el mercado laboral “normalizado”, es decir, en el trabajo asalariado. Este es el caso de numerosos países de la Periferia, en los que continúa manteniéndose de forma estable - estructural, podría decirse- un importante sector de la población cuya subsistencia no depende de la percepción de un salario: campesinos pobres, trabajadores por cuenta propia, ayuda familiar, etc., sectores que se integran al capitalismo de forma marginal pero que no alcanzan el estatuto de asalariado, es decir, cuya fuerza de trabajo no llega aun a ser explotada directamente por el capital.

Estos contingentes humanos forman un importante ejército de reserva, que mantiene una situación de salarios bajos allí donde existe y que presiona a la población a elegir otros horizontes para sobrevivir: es decir, la emigración.

Y aquí es donde se encuentra el alcance último y los límites de la mundialización. El capitalismo mundializado ni está en condiciones ni puede, ni ahora ni nunca, absorber ese ingente ejército de reserva. Por las razones antes expuestas, de carácter tecnológico, de bienestar en los países del Centro, de costumbres, incluso de racismo, no es viable la libre movilidad de trabaja-

dores. Y ello implica que la mundialización frena ese proceso “natural” que implica la libre movilidad de los factores que permitiría una tendencia a la igualación de las rentas, en este caso, de los salarios.

El escenario, pues, es el de mantener las rigideces en el movimiento internacional de trabajadores, fijando en sus lugares de origen a la mayor parte de la población, siendo la emigración sólo un elemento residual, aunque significativo en los países de destino. Pero lo relevante es que no se percibe una auténtica tendencia a liberalizar el movimiento de trabajadores en el ámbito mundial.

Se crean así dos ámbitos diferenciados:

- uno, en los países del Centro, con una marcada rigidez para la aceptación de mano de obra extranjera, aunque con plena libertad de movimiento en su interior. El paradigma es la Unión Europea, en cuyo seno la libre movilidad de los trabajadores será un hecho que tendrá profundas repercusiones en las diversas economías que la integran y que, más o menos lentamente, tenderá a una cierta igualación de rentas salariales en todo su ámbito territorial.
- y, dos, en los países de la Periferia, donde el sector llamado “moderno” absorberá contingentes de mano de obra en régimen de salarización, sin lograr, no obstante, absorber toda la oferta existente, lo cual eternizará la marginalización.

La presunta tendencia a la igualación de salarios, que se derivaría del pensamiento conven-

cional, es algo que obviamente no existe. Un ejemplo extremo de que tal proceso de igualación internacional de salarios no existe lo ofrece la empresa multinacional de prendas deportivas Nike. Efectivamente, esta empresa posee, entre otras, seis plantas de producción de zapatillas deportivas en Indonesia, donde produce una parte muy significativa de tales mercancías. El salario oscila en torno a un dólar diario, de promedio, para los trabajadores de fábrica, que son unos seis mil. Si consideramos aproximadamente unos trescientos días laborales al año, el coste salarial ascendería a 1'800.000 dólares/año. Un conocido jugador de baloncesto norteamericano -M. Jordan- cobró 20'000.000 de dólares en 1992, por el simple esfuerzo de promover publicitariamente la marca Nike. Por supuesto, el "salario" de Jordan no es homologable con el salario de los trabajadores "normales" de Occidente, pero es un buen ejemplo de la disparidad. Lo cierto es que no se observa ni se puede observar una tendencia real al acercamiento de los salarios de los países del Tercer Mundo al de los países del Centro del Sistema en tanto se mantenga el importante ejército de reserva de trabajadores a la espera de insertarse en el mercado de trabajo capitalista.

Por el contrario, nos hallamos frente a una acusada tendencia al aumento en las disparidades salariales en el ámbito mundial, cierto es, con tendencias contradictorias, tales como las siguientes:

- Relativo y aún insuficiente proceso de igualación salarial en el Centro del Sistema. Las disparidades perduran, entre otras cosas, por la

subsistencia del marco del Estado-nación, con políticas laborales diferenciales, así como por las dificultades que afectan al libre movimiento de trabajadores entre países.

- Progresiva igualación salarial entre los diversos países de la Periferia, efecto de la incidencia de empresas multinacionales en sus tejidos productivos
- Pero, creciente brecha entre los salarios periféricos y los salarios de los países centrales, lo que se ilustra bien con el caso Nike. La brecha salarial es, precisamente, la que impulsa a numerosas empresas multinacionales a instalar sus factorías productivas en los países periféricos con bajos salarios.
- Por último, creciente brecha, también, entre los salarios percibidos por los trabajadores de la Periferia y los ingresos monetarios de la población marginalizada.

Esta situación da lugar a dos fenómenos:

- relativo ascenso del nivel de vida de los asalariados, que pasan a comportarse como consumidores en el mercado y a crear un cierto mercado interior, incluso una clase media, con mayor o menor desarrollo según los países,
- relativo descenso del nivel de vida de los marginales: según las evaluaciones efectuadas por el Banco Mundial y el PNUD, en numerosos países de la Periferia son cada vez mayores los contingentes de población que se sitúan por debajo del umbral de pobreza.

Las migraciones

Esta situación de desigual reparto del ingreso, unida a la escasez en el abastecimiento alimenticio y a las malas condiciones de vivienda, salubridad, etc., configuran un escenario en el que el nivel de vida de la población es bajo.

Y, en tal situación, se produce una importante presión hacia la emigración, que afecta principalmente a hombres jóvenes y no precisamente a los pertenecientes a los sectores más marginalizados de la sociedad, sino a aquellos que pertenecen a estratos con una cierta formación profesional y con ambición individual de mejora en sus condiciones de vida.

Esta presión migratoria se dirige hacia los países del Centro que, a su vez, intentan limitarla, cuando no frenarla íntegramente. Las leyes de extranjería son un buen ejemplo de esta política de freno a la inmigración, pero hay otras, que van desde la fijación de cuotas anuales por países de origen, como ocurre en algunos casos en EE.UU., hasta el caso extremo: el desarrollo abierto del racismo.

Lo cierto es que lo que no se produce es la libre movilidad de la fuerza de trabajo en el ámbito mundial.

Si recordamos cómo ha operado en otras ocasiones el movimiento internacional de la fuerza de trabajo, en situaciones en las que los Estados-nación construían economías nacionales protegidas, mientras que en el ámbito internacional se producían movimientos migratorios de forma mucho más libre que en nuestros días en los que existe la mundialización de la economía, comprobaremos que se han producido, al

menos, tres etapas, o tres tipos de comportamiento.

1.- Los movimientos migratorios de finales del siglo XIX hasta el final de la 2ª Guerra Mundial. En este período el principal movimiento se producía en dirección Centro-Periferia. Pobres del Reino Unido, de Francia, de Alemania, de España, de Italia, de Portugal, de Polonia, de Suecia, etc., emigraban masivamente a EE.UU. y Canadá, países del Centro, pero también a América Latina, a Oceanía y a algunos países de Asia -India- o Africa - Argelia, Rep. Sudafricana. Se trataba de emigrantes con ánimo de instalarse en el lugar de destino, en el cual recibían amplias facilidades de acogida y acababan integrándose a la población local. Países como Argentina, Brasil, Chile, México o numerosos del Caribe poseen en su población actual importantes contingentes de población descendientes de aquella inmigración. El signo distintivo es que aquella población migrante actuó sobre la economía de destino y en cierta medida la transformó. Sin llegar a ser una expresión de la auténtica libre movilidad de la fuerza de trabajo si representó un movimiento mucho más libre que el actual.

2.- Tras la 2ª Guerra Mundial, se produjo otra importante oleada migratoria, en este caso de algunos países europeos hacia otros también europeos. Italianos, griegos, turcos, españoles, portugueses, yugoslavos hacia Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica, Francia y los países nórdicos. En este caso se trataba de una emigración sin ánimo de instalarse en el lugar de destino. Emigración de carácter temporal que permitía a las econo-

mías de acogida disponer de abundante mano de obra para la reconstrucción de su economía y para el mantenimiento de altos ritmos de crecimiento y al propio tiempo permitía a las economías de origen “exportar su propio paro” y recibir importantes remesas de divisas enviadas por los emigrantes a sus familias. Era una cierta forma de libre movilidad de la fuerza de trabajo, pero temporal, no definitiva, mucho más coyuntural que estructural. El movimiento en sentido contrario se ha acelerado en las últimas décadas.

3.- Los movimientos migratorios en la actualidad. Son básicamente en dirección Periferia-Centro. Se iniciaron con fuertes migraciones de población de las regiones coloniales hacia las correspondientes metrópolis y, tras las sucesivas independencias de los países colonizados, se mantuvieron, en dirección a la antigua metrópoli o hacia otros países del Centro del Sistema. En el caso de América, el movimiento básico es desde América Latina hacia EE.UU. Ahora bien, dada la importancia numérica de los potenciales emigrantes y la escasez de demanda de fuerza de trabajo en los países de destino, este proceso, lejos de ser alentado, ha sido frenado y encauzado mediante una normativa abiertamente restrictiva. Ello da lugar a lo que afirmábamos al principio: la libre movilidad de la fuerza de trabajo no existe, o existe muy parcial y precariamente, en el ámbito mundial.

Conclusión

De todo lo dicho se desprende que no existe, o existe sólo parcial y precariamente, un real

proceso que asegure la libre movilidad de la mano de obra a escala mundial Ni hay ni habrá plena libertad de movimiento de personas.

Cabe, pues, sospechar que en este hecho se encuentra precisamente el límite del capitalismo. El capitalismo es por naturaleza expansivo, pero si las fuerzas que hacen crecer el capital, la acumulación de capital y su rentabilidad, no impulsan en el mismo sentido y con el mismo ritmo, la expansión del empleo en el ámbito mundial, podemos aceptar que se irá creando una brecha creciente entre población integrada mundialmente al circuito capitalista y población que permanece fuera de tal circuito, es decir, población marginalizada. Por ende, el capitalismo mundial no llegará a ser nunca un sistema que resuelva los problemas económicos de toda la humanidad. Será siempre parcial y por tanto, injusto.

Esta injusticia se manifestará en diversos terrenos: injusticia social, racismo, discriminación por razón de género, de edad (trabajo infantil), etc. Injusticias que se sitúan fuera de las relaciones de producción propiamente capitalistas, pero que sin embargo, se derivan de la existencia del capitalismo, que actúa como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer: es decir, ni deja incorporarse al circuito capitalista a importantísimos contingentes de la población mundial, porque no los necesita, ni les permite desarrollar actividades de tipo no capitalista que les permitirían subsistir dignamente, pero que la competencia y el monopolio capitalista impiden que se pongan en practica (el ejemplo de los intentos de comunidades indígenas de Chiapas y Guatemala de organizar su actividad económica al margen del capitalismo y con otras formas de

organización ha sido y es duramente perseguido. Asimismo, y a otro nivel, el anticomunismo ha sido la divisa ideológica del capitalismo, es decir, evitar que cualquier sociedad supere el marco capitalista y se organice de forma socialista.

El resultado es el crecimiento de la desigualdad entre las personas en el mundo: se está construyendo un mundo dual, superador de las fronteras nacionales y mundializante, pero profundizador de las diferencias económicas y sociales entre los seres humanos, con el consiguiente riesgo de un estallido revolucionario.

Tal proceso está provocando una modificación del Sistema Centro-Periferia, que está perdiendo su estructura basada en la existencia de países independientes y soberanos. Es decir, el Sistema deja de ser un Sistema de países y se está convirtiendo en un Sistema de clases sociales al margen de las fronteras nacionales. Hay actividades de tipo Central y población que vive del mismo modo que en Europa o EE.UU. en países tales como la India, Corea, Egipto y cualquiera de los de América Latina. Es decir, existe una forma Central de acumulación a nivel mundial que se encarna en una burguesía mundial que actúa en cualquier rincón del planeta.

Pero en el Centro del Sistema están surgiendo también amplios sectores de población que viven estructuralmente en el paro, y que, aun hoy, perciben los beneficios del Estado del Bienestar. Pero lo relevante es que comienzan a ser estructuralmente marginalizados, o sea, periferizados.

En resumen, en ausencia de una real libre movilidad de la fuerza de trabajo en el ámbito mundial que favorezca y acelere el proceso de salarización de la población aún marginalizada,

se hace difícil pensar que el capitalismo haya alcanzado su pleno desarrollo y que éste afecte positivamente al conjunto de la Humanidad. Muy por el contrario, la mundialización en curso es solo un fenómeno parcial, que afecta a la fracción privilegiada del planeta. Como siempre, quedan al margen los condenados de la Tierra como decía el pensador argelino Franz Fanon.

Mundialización e integración económica

José María Vidal Villa

Existe en nuestros días una notable confusión entre los analistas de la economía: esta confusión se refiere al viejo dilema: ¿qué fue primero, el huevo o la gallina?. Aunque formulado en el caso de los economistas de un modo más pertinente: ¿qué fue primero, la mundialización -o regionalización- económica o la integración institucional?. Se trata de dilucidar si fue la profunda tendencia secular que empuja a la economía capitalista hacia la mundialización la que facilitó e impulsó los procesos de integración en curso o viceversa, fue la integración la que favoreció e incluso puso en marcha el proceso de regionalización y de mundialización de la economía.

Desde luego, soy partidario de la primera idea, aquella que supone que existe una fuerte tendencia de fondo hacia la mundialización que impone sus condiciones al quehacer económico y que impulsa y exige la adopción de medias políticas de integración económica que eliminen todas las trabas a su libre e impetuosa expansión. Esto es lo que trataré de exponer en las páginas siguientes.

Antecedentes históricos de la integración

Sin pretender equiparar plenamente los procesos y guardando todas las distancias conceptuales, de tiempo y de espacio, puede sugerirse que los antecedentes históricos más claros de los procesos de integración son aquellos procesos que se vivieron en los países capitalistas desarrollados y que culminaron con el establecimiento de un mercado interior protegido frente al exterior por un poderoso y fuerte Estado. Es decir, los antecedentes de la situación actual son aquellos que permitieron la configuración de los Estados-nación capitalistas en los siglos XVIII o XIX.

No pretendo reproducir los procesos históricos de cada uno de los distintos Estados-nación surgidos en Europa -también en Estados Unidos- en dichos siglos, que son, por supuesto, muy distintos entre sí, como corresponde a la dinámica histórica diferenciada de cada formación social, aunque si me parece conveniente señalar algunos rasgos comunes a todos ellos:

a) En todos los casos, la constitución de mercados interiores se consiguió por la presión de las clases capitalistas y contra la resistencia de clases no capitalistas, en general clases dominantes como la feudal en Europa o la esclavista en EE.UU.

b) Esta presión no siempre fue pacífica. Antes al contrario, fue violenta en la mayor parte de los casos. Implicó varias revoluciones: la inglesa, entre 1640 y 1660; la francesa, iniciada en 1789 y continuada por el bonapartismo hasta 1815; la alemana, a todo lo largo del siglo XIX y que no

culmina hasta la unificación de 1871; la italiana, con la insurrección garibaldina y la lucha por la unificación contra austriacos, pontificios y resistencias nobiliarias que se extiende también hasta 1871; o la revolución norteamericana, desde la guerra de independencia iniciada en 1775 hasta la guerra de Secesión (anti-esclavista) de 1861-65. Fenómenos semejantes se produjeron en la práctica totalidad de Estados europeos en el mismo período o en épocas posteriores.

c) Tales procesos fueron la expresión política de la resistencia del antiguo orden a dejarse eliminar del poder y ser substituido por el nuevo orden, el orden capitalista. Pero en todos los casos la conclusión de los cruentos procesos de lucha fue siempre la misma: la constitución de Estados centralizados, fuertes y unitarios.

d) El objetivo principal de tales Estados centralistas no era otro que el de servir de marco propicio para el desarrollo pleno del capitalismo, es decir, establecer las condiciones que permitieran su hegemonía y su expansión sin límites. Ello se consiguió en el interior de los territorios respectivos merced a la abolición de todo tipo de trabas-feudales, señoriales o simplemente estatales-, al libre juego de las fuerzas del mercado y muy en particular a dos: la libre movilidad de las mercancías y la libre movilidad de los capitales. El único límite que se interponía al pleno desarrollo capitalista de un Estado-nación era precisamente el de otro Estado-nación y de ahí que los conflictos fueran en lo sucesivo conflictos internacionales.

e) La constitución de Estados-nación con mercados interiores protegidos exigía además que tales mercados interiores fueran homogéneos. Igualdad ante la ley de todos los ciudadanos pero sobre todo igualdad de las leyes (en particular las que atañen a la economía) en todo el territorio nacional, lo cual implicaba la abolición de leyes propias de los antiguos territorios independientes ahora unificados, con la consiguiente pérdida de privilegios, fueros, etc., de dichos territorios y poblaciones.

Asimismo, igualdad en el comportamiento económico de los agentes, lo cual requería unicidad fiscal, mercantil, financiera, unidad de pesos y mediadas, etc. Y, por encima de todo, unidad monetaria, que permitiera la libre circulación de mercancías y el libre cambio en el interior del territorio con un solo punto de referencia común: la moneda única. La unificación monetaria implicó, por supuesto, la retirada de la circulación de las distintas monedas existentes previamente a la unificación del mercado y del Estado y que eran las propias de los diversos territorios unificados.

f) La consecución de este conjunto de homogeneidades se consiguió de grado o por la fuerza. Los “criterios de convergencia” fueron los impuestos por la fracción dominante de la burguesía, hegemónica en cada Estado central. Y tales criterios de convergencia fueron inapelables, adoptados voluntariamente o impuestos por la fuerza. La unificación monetaria de los Estados europeos no requirió el “permiso” o la “aceptación” de los pueblos unificados sino tan sólo el

acatamiento de lo decidido por los correspondientes Estados centrales. En Estados Unidos la cosa fue aún más aguda por cuanto implicó incluso la desaparición de la forma habitual de producir en numerosos Estados del Sur, es decir, la forma esclavista, incompatible con la libre competencia y el libre juego de las fuerzas del mercado ...laboral (la competencia de los obreros “gratuitos”, los esclavos, era intolerable para la naciente y pujante economía capitalista yanqui).

g) El resultado final común a todos los casos, por otra parte tan distintos en sus procesos, fue la constitución de Estados fuertes, centralizados, con legislación única en su territorio en materia económica (en otras materias, como la cultura, la justicia, la educación, etc., algunos Estados conceden mayor o menor autonomía a sus diversos territorios, como Estados Unidos o Alemania, pero en materia económica, no), con homogeneidad de pesos y medidas, con fiscalidad única, sin trabas internas al movimiento de mercancías y de capitales, e, incluso, de personas y, sobre todo, con unidad monetaria y política económica única. Es decir, los mismos objetivos que persigue hoy el experimento de integración más avanzado: la Unión Europea.

Y, volviendo a las preguntas que formulaba al principio de estas páginas, debemos concluir que toda la serie de conflictos y luchas de los siglos XVIII y XIX fueron causados por la intensa presión que la expansiva base material capitalista ejercía contra las trabas que los restos del feudalismo y de la legislación estatalista pre-capitalista imponían a su desarrollo. Es decir, la “inte-

gración” nacional fue un proceso complejo, impulsado por las necesidades del desarrollo capitalista y, en ningún caso, fue un proceso consensuado y admitido por todos los que se integraban: por el contrario, en la generalidad de los casos fue un proceso impuesto por la fuerza y consolidado también por la fuerza de los Estados centralistas que se alumbraron en el curso de los conflictos: Estado inglés, francés, alemán, italiano, norteamericano y otros europeos. Precisamente, muchos de los Estados que hoy se necesitan “integrar”, para enlazar con la tradición histórica que se truncó precisamente por su carácter centralista y unitario. Así pues, los procesos de integración actuales, además de una necesidad económica evidente, significan el engarce con una tradición histórica frenada hace algo más de un siglo.

La mundialización de la economía

La consolidación de los Estados centralistas y unitarios, contruidos sobre las cenizas de los reinos y otras instituciones estatales pre-capitalistas, originó una dualidad contradictoria que se ha mantenido hasta nuestros días:

a)- En el interior de tales Estados se implantó el libre mercado: se aseguró plenamente la libre circulación de mercancías, personas y capitales, se unificó la moneda, la política económica y la legislación mercantil y fiscal, se homogeneizaron los hábitos de producción y de consumo. El mercado interno funcionó efectivamente como el lugar concreto en el que se establecía la concurrencia de muchos productores y muchos consu-

midores, oferta y demanda que determinaban la libre formación de precios en el mercado. Es decir, triunfó el libre cambio, el mercado libre. Pero la propia evolución del capitalismo fue modificando la naturaleza de esta situación. Del capitalismo concurrencial, se pasó al capitalismo monopolista de base nacional, en el que las grandes empresas controlaban los mercados y en el cual la libre competencia había dejado paso a la concurrencia monopólica. La profunda centralización del capital llevada a efecto por el capital financiero daba lugar a la existencia de nuevas y más amplias posibilidades de inversión. Pronto, los límites del mercado interno se quedaron estrechos y el capital buscó su expansión fuera de las fronteras nacionales del Estado en el que operaba. Nació así el imperialismo.

b)- Pero con respecto al exterior ocurrió precisamente lo contrario: triunfó el proteccionismo. Mientras en el mercado interno triunfaba el libre cambio y la homogeneización económica, en el exterior se imponía el proteccionismo y la heterogeneidad legislativa, económica, monetaria, incluso se mantenía la diferenciación en pesos y medidas. Se estabilizaron, pues, las fronteras estatales y se truncó la continuación del proceso de unificación de la base económica que se había producido en el interior de cada Estado. Esta separación artificial -política, institucional, etc.- impedía la libre expansión de los capitales concurrendo entre sí. Pero el capital requería dicha expansión, es algo intrínseco a su comportamiento y a su racionalidad. Al no poderse realizar en los Estados vecinos y rivales, el capitalismo se trasladó por vía coercitiva y violenta a territorios

en los que no había aparecido de forma espontánea. Se impuso el imperialismo y el capitalismo se extendió por todo el planeta, dando origen a un sistema deforme, integrado por economías con estructuras internas diferentes: las propias de las metrópolis, desarrolladas y expansivas y las de las colonias, dependientes, subordinadas, subdesarrolladas y generadoras de pobreza.

La combinación de la acción de los dos fenómenos -libre mercado y proteccionismo- dio lugar a su vez a otros dos fenómenos derivados:

a)- La rivalidad inter-imperialista, que generó numerosos conflictos bélicos, dos de ellos de proporciones gigantescas: las guerras mundiales.

b)- La consolidación del sistema capitalista mundial en sus dos polos, metrópoli-colonia, Norte-Sur o, como se designa en una corriente de pensamiento muy extendida, Centro y Periferia.

En este largo período, más de un siglo, lleno de vicisitudes diversas y de distinto signo, con avances y retrocesos de procesos revolucionarios, con avances y retrocesos de regímenes nacionalistas de corte fascista, con numerosos conflictos bélicos, etc. no se pudo frenar la profunda tendencia básica de la economía capitalista hacia la mundialización. Los Estados centralistas y sus diversas formas de actuación -democrática, fascista, imperialista, etc.,- sólo consiguieron ocultar y dificultar la necesidad intrínseca del capitalismo a la eliminación de todo tipo de barreras que se interpongan en su libre funcionamiento.

Por consiguiente, puesto que la existencia de los Estados centralistas impedía la libre acción de los mecanismos capitalistas, el capital tuvo que utilizar otras formas de manifestación para desarrollarse y expandirse a nivel mundial. Sólo citaré algunas de las más relevantes:

* La aparición, consolidación y expansión de las empresas multinacionales, que se han convertido en las auténticas protagonistas del desarrollo capitalista después del fin de la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad, las empresas multinacionales ejercen su hegemonía en los diversos mercados nacionales y en el mercado mundial. Pero chocan con infinidad de impedimentos que frenan su actuación, la desvirtúan, la alejan de los objetivos prioritarios, a saber, la maximización de beneficios en un mercado libre y sin trabas estatales de tipo alguno. Las empresas multinacionales en su accionar se ven obligadas a burlar, a sortear todo tipo de legislaciones diferentes en materia laboral, fiscal, mercantil, etc., políticas económicas a veces contrapuestas, monedas distintas, incluso sistemas de pesos y medidas heterogéneos. Una situación de tal tipo, caótica y artificialmente mantenida por la pervivencia de los Estados centralistas no es el mejor marco para la expansión mundial del capital y para la acción de sus protagonistas, las empresas multinacionales. Estas requieren y exigen, por tanto, que se adopten medidas que homogeneicen el marco de actuación de todas ellas, que eliminen barreras artificiales, en definitiva, exigen y requieren la integración económica.

* La interpenetración monetaria. El resultado de la 2ª Guerra Mundial fue decisivo para la división del mundo en dos bloques, el socialista y el capitalista. Pero lo trascendente con respecto al tema que nos ocupa fue que en el bloque capitalista una potencia, los Estados Unidos, impusieron su hegemonía al resto de Estados capitalistas. Y una de las principales facetas de esta hegemonía fue la dolarización de las relaciones comerciales internacionales, incontestada hasta la crisis del sistema monetario internacional entre 1967 y 1973. Pero la semilla ya estaba sembrada y desde entonces, las relaciones monetarias entre los principales países capitalistas han sido cada vez más estrechas. En la actualidad, la tupida red de relaciones financieras y económicas de todo tipo hace que, de hecho, las monedas nacionales dependan unas de otras. Pero lo relevante es que siguen existiendo monedas nacionales.

* La mundialización se expresa también por la homogeneización de procesos productivos y de hábitos de consumo en los distintos países. Ello permite una ampliación inusitada de la escala de la producción y facilita la mundialización de los procesos productivos. En la actualidad, infinidad de mercancías son el resultado de procesos transformadores efectuados en diferentes países.

* En último lugar, por no citar más ejemplos, la mundialización se asienta sobre una base material sólida y eficiente. El progreso técnico en materia de transportes, comunicaciones, control a distancia de procesos, toma de decisiones, etc., ha facilitado de forma notable la dispersión de actividades por todo el planeta cuyo centro de

control, su sede central, puede estar situado a miles de kilómetros de los lugares de producción y venta. Hoy día, las empresas multinacionales adoptan su política de localización de actividades ante un mapa-mundi y no ante el reducido mapa de un Estado nacional. Pero, y esto sigue siendo lo relevante, para adoptar una decisión racional de localización no se tienen en cuenta sólo las condicionantes naturales y la situación económica: distancia al centro de abastecimiento de materias primas o al de consumo final, existencia o no de mano de obra, tanto cualificada como no cualificada, diferencias de salarios, existencia o no de infraestructuras suficientes, etc., es decir, todo aquello que configura el marco de actuación del libre mercado. Pero, sin embargo, lo cierto es que, además, las empresas multinacionales, para adoptar sus decisiones racionales de localización, han de tener presente el factor diferencial que representa la existencia de Estados distintos, con monedas, políticas económicas y legislaciones distintas. Esta distorsión artificial de las reglas de funcionamiento del mercado libre alteran profundamente la adopción de decisiones racionales. Por ello las grandes corporaciones exigen, requieren con urgencia, la unificación, en definitiva, la integración económica.

La necesidad y la realidad de la integración

La peculiar situación surgida al final de la 2ª Guerra Mundial, que dividía al mundo en dos bloques antagónicos y enfrentados en la llamada guerra fría, tuvo una repercusión inesperada: aletargó durante más de cuatro décadas las rivalidades entre Estados capitalistas y favoreció la

aparición de un clima mundial, dentro del ámbito capitalista, favorable a la cooperación y contrario al conflicto.

Ello explica la posibilidad de poner en práctica instituciones de carácter mundial como las que surgieron de los acuerdos de Bretton Woods: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, más adelante llamado Banco Mundial, son instituciones que, como la propia ONU, prefiguran la necesidad de empezar a adoptar decisiones globales, que afecten a todos los países: son embriones de un futuro Estado mundial, aún en pañales y sometido a la influencia de la potencia hegemónica, pero a pesar de ello, embriones de futuras instituciones de regulación a nivel mundial.

Más difícil fue el acuerdo institucional en materia comercial. La Organización Mundial de Comercio no pudo ver la luz en aquel entonces y fue substituida precariamente por Rondas sucesivas de negociaciones en el seno de una institución provisional, el GATT, cuya inesperadamente duradera vida se alargó hasta 1995, año en el que ha sido constituida de forma efectiva la Organización Mundial de Comercio.

¿Qué se deduce de la aparición y consolidación de estas instituciones?. Aparentemente, que los Estados capitalistas comprenden por fin que se han de entender necesariamente para construir en común un marco de actuación eficiente para las fuerzas económicas que pugnan sin cesar por mundializarse.

Pero las grandes dificultades que este proceso ha tenido y tiene, muestran las fuertes resistencias de los Estados centralistas a abandonar sus prerrogativas. Los avances en la construcción de

un sistema monetario internacional estable, de un desarme arancelario generalizado, de una financiación del desarrollo solidaria a nivel mundial, etc., son muy lentos.

Las instituciones nacidas tras los acuerdos de Bretton Woods, en particular el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, fueron los primeros eslabones de la cadena que ha de dotar al mundo de auténticas instituciones de regulación a nivel mundial. Sus actuaciones, por ejemplo en la reconstrucción europea de posguerra, en la construcción de un sistema monetario internacional estable y su modificación cuando éste entra en crisis en 1971-73, la organización de la ayuda al desarrollo, etc., son ejemplos de esta pionera intervención político-económica a nivel mundial. Ciertamente, con distorsiones, tales como el papel hegemónico y dominante de Estados Unidos en su seno o la clara injerencia de ambas instituciones en decisiones soberanas de los distintos Estados afectados por sus directrices, sobre todo aquellos que aplican sus planes de ajuste. Pero son precisamente tales injerencias y tal dominio lo que pone de manifiesto el carácter mundial de su intervención.

Más significativo ha sido el papel jugado por las diversas Rondas del GATT. Su misión era mucho más concreta y tangible que la del FMI o el BM: se trataba de crear el marco de actuación del libre mercado a nivel mundial. Era, por tanto, el espacio en el cual se confrontaban, por un lado, los intereses de cada Estado y, por otro, los de las grandes empresas multinacionales, los primeros celosos de la protección de su mercado interno y las segundas necesitadas de la apertura de fronteras para el pleno desarrollo del comercio mun-

dial. La última Ronda del GATT y la creación de la Organización Mundial de Comercio son el mejor ejemplo de la consolidación de una institución vital para el proceso de mundialización.

Pero las instituciones que en el terreno económico significan el mayor avance de la mundialización son las que se derivan de los diversos procesos de integración que hoy día están en curso. El más antiguo y el más avanzado es sin duda el de la Unión Europea (UE). Las diversas etapas de la construcción europea, que van desde la Comunidad Económica Europea (CEE) de seis países, la CECA y la EURATOM, hasta la actual UE, pasando por la Comunidad Europea a 9, a 12 y, por último, a 15 países, representa el mayor esfuerzo de unificación económica. Es la cristalización a nivel regional de la necesidad imperiosa de la mundialización, referida a la abolición de fronteras, de heterogeneidades legislativas y, en general, de todo aquello que se oponga al libre funcionamiento del mercado, necesidad que el gran capital europeo, no sin reticencias, ha sabido comprender y resolver.

Sin embargo, las principales dificultades para el avance del proceso integrador en Europa proceden de los recelos de las instituciones estatales de los países que la forman, de sus Gobiernos atrapados por la disyuntiva trágica de la necesidad de apoyar la integración que favorece la regionalización económica y que es imprescindible, por un lado, mientras que, por otro, son conscientes de que todo avance de la integración representa necesariamente el descenso de su soberanía que, efectivamente y a más o menos largo plazo, está condenada a desaparecer a beneficio de una institución política y económica cen-

tral fuerte que gestione y dirija el proceso común: tal y como ocurrió cuando se crearon los Estados centralistas nacionales que hoy se intentan integrar.

Pero no se reduce a Europa el esfuerzo integrador. La otra potencia, la que ha sido dominante y hegemónica desde el fin de la 2ª Guerra Mundial, es decir, los EE.UU., se ha encaminado también por la misma senda y la fundación del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLCNA) es precisamente la expresión de esta necesidad. Cabe, sin embargo, entenderla también como una respuesta al reto que representa la Unión Europea para la hegemonía norteamericana.

En cualquier caso, este proceso difiere del europeo: sobre todo por cuanto se trata de un proceso encabezado por la primera potencia mundial que, de hecho, tiende a absorber a dos economías muy diferentes: una desarrollada, el Canadá y otra subdesarrollada y periférica, México, siendo así el primer intento de integración de países con estructuras internas muy diferentes: unos, centrales, el otro, periférico. Pero, en definitiva, el objetivo final del proceso es el mismo que en Europa: crear un marco libre de actuación para el capitalismo, instaurando el libre mercado sin trabas arancelarias que lo dificulten.

Japón es, a este respecto, la potencia que se encuentra más retrasada en la institucionalización de los procesos mundializadores, lo cual no obsta para que su papel como centro de una importante zona de influencia sea muy relevante.

Otros procesos de integración como el de Mercosur e, incluso, la situación actual que atraviesan el Pacto Andino y los procesos de integra-

ción de América Central y el Caribe, son también expresión del mismo fenómeno.

En resumen, ya existen hoy los embriones de lo que han de ser las futuras instituciones mundiales que recubran el proceso de base de la mundialización. Sin embargo, estas instituciones están aún fuertemente teñidas de tintes nacionalistas de Estado. Si observamos la Historia, como he señalado al inicio de estas páginas, se podrá comprobar que la unificación de los mercados internos de los países capitalistas desarrollados sólo se consiguió mediante la dirección de Estados fuertes. Las actuales instituciones internacionales son aún excesivamente débiles y fragmentarias para encabezar sólidamente este proceso. Más parece que los antiguos Estados-nación amplían sus límites y se convierten en Estados-multinacionales enfrentados entre sí en tres grandes bloques: Japón, EE.UU. y Europa. Pero aunque ello sea así, lo cierto es que a más corto o a más largo plazo será imprescindible la institucionalización mundial de relaciones económicas que ya son mundiales. Ese es precisamente el reto del próximo futuro.

Bibliografía

Existe una copiosa bibliografía tanto en temas de mundialización y globalización económica como acerca de los procesos de integración económica. Por ello, me limito a citar aquí algunas publicaciones más sobre el tema de la mundialización y algunos de los textos sobre integración económica más recientes.

Sobre mundialización:

VIDAL VILLA, José María

Hacia una economía mundial. Ed. Plaza & Janés. Barcelona. 1990.

“Mundialización de la Economía vs. Estado centralista” en el libro *La economía mundial en los 90*. (Coordinador: Carlos Berzosa). Ed. Icaria-FUHEM. Madrid-Barcelona. 1994.

“Ten theses on Globalization” en el libro *Social Development: challenges and strategies*. Ed. UNESCO Chair on Sustainable Development. UFRJ/ECOS. Rio de Janeiro. Brasil. 1995.

VIDAL VILLA, J. M. y J. MARTÍNEZ PEINADO (coordinadores)

Economía mundial. Ed. MacGraw-Hill. Madrid-Barcelona. 1995.

Sobre integración:

GRIEN, Raúl

La integración económica como alternativa inédita para América Latina. Ed. Fondo de Cultura Económica. México. 1994.

PUYOL, R. y J. VINUESA

La Unión europea. Ed. Síntesis. Madrid. 1995.

VILASECA I REQUENA, Jordi

Los esfuerzos de Sisfo: La integración económica en América Latina y el Caribe. Ed. Los Libros de la Catarata. Madrid-Barcelona. 1994.

José María Vidal Villa
Catedrático de Estructura Económica Mundial
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.
Universidad de Barcelona.

Títulos publicados en esta colección

- **Para entender el concepto de género**
Martha Lamas, Vania Salles, Rodolfo Tuirán, Fernando Flores
- **Desde su propia palabra**
Giulio Girardi
- **Las fronteras del cuerpo**
Arturo Rico Bovio
- **Postmodernidad**
José E. Juncosa (Editor)
- **Mujeres, poder e identidad**
Soledad Dueñas, Carmen Gangotena, Mónica Garcés
- **Contextos y balances de la teología de la liberación**
E. Dussel, J. L. Martínez, R. Flores, E. Lara, J. Tonello, P. Morales, L. Rodríguez
- **Teología feminista latinoamericana**
Ma. Pilar Aquino y Elsa Támez
- **Una minga por la vida**
M. Chiriboga, M. Lluco, L. Martínez, R. Flores, E. Lara, J. Tonello, P. Morales, L. Rodríguez
- **Apuntes sobre fútbol**
Kintto Lucas
- **Semiótica para principiantes**
Daniel Chandler
- **Es un monstruo grande y pisa fuerte. La minería en el Ecuador y el mundo. Defensa y conservación ecológica de Intag (DECOIN)**
Mary Ellen Fieweger
- **El pentecostalismo en América Latina**
Angelina Pollak-Eltz y Yolanda Salas
- **Códigos subterráneos**
Leonela Cucurella (Compiladora)
- **El Chamanismo a revisión**
Josep Ma. Fericgla
- **Buscando raíces. Don Quijote y Simón Bolívar**
José Yáñez del Pozo

- **Análisis del discurso social y político**
Teun A. Van Dijk e Iván Rodrigo M.
- **El hilo del discurso. Ensayos de análisis conversacional**
Ana María Vígara Tauste
- **Conectores contextuales en el discurso**
Joaquín Garrido
- **El placer de la representación**
María Angela Cifuentes
- **Género y desarrollo sostenible**
Ana María Brasileiro (Editora)
- **Desarrollo rural y pueblos indígenas amazónicos**
Jürg Gasche
- **Mujeres e imaginarios. Quito en los inicios de la modernidad**
Ana María Goetschel
- **El otro saber. Psicología social, psicoanálisis y cultura**
Leonela Cucurella (Compiladora)
- **Comunicación educativa**
Leonela Cucurella (Editora)
- **De cisnes dolientes a mujeres ilustradas**
Lucía Moscoso Cordero
- **Literatura oral. O la literatura de tradición oral**
Gonzalo Espino Relucé
- **Desarrollo sustentable. ¿Realidad o retórica?**
Dossier de la revista de la Universidad de Guadalajara
- **Antropología del ciberespacio**
Leonela Cucurella (Compiladora)
- **Pensar lo cotidiano**
Leonela Cucurella (Compiladora)
- **Laberintos urbanos en América Latina**
David Jiménez (Compilador)
- **Crítica de la razón globalizada**
Leonela Cucurella (Editora)